



SS

SERVICIO
SECRETO

A. ROLCEST

CERCO A DAMASCO

se

La cubierta negra de pelo de camello empezó a hincharse, tan pronto arreció el viento. Las estacas que sostenían el techo cuadrangular pareció que fueran a saltar de sus cimientos. Cuantos había en la tienda se quedaron mirando hacia un punto de la llanura, donde una polvareda de arena semejaba una carga de caballería que a todo galope se estuviese acercando a ellos.

Dos de los beduinos, los que se hallaban sentados sobre una estera extendida en la parte donde el techo de la tienda se inclinaba, y donde la sombra era completa, después de mirar hacia la estepa, se volvieron para mirarse entre sí. Ambos llevaban el turbante de seda sujeto con un cordón de pelo de camello, bien inclinado sobre el rostro, y una especie de venda que les cubría desde la barbilla hasta la nariz.



A. Rolcest

Cerco a Damasco

Bolsilibros: Servicio Secreto - 165

ePub r1.0

jala y xico_weno 06.07.17

Título original: *Cerco a Damasco*

A. Rolcest, 1953

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





A. Rolcest

Cerco a Damasco

1ª. EDICION
SEPTBRE. 1953

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CERCO
a
Damasco
per A. ROLGEST



CAPÍTULO PRIMERO

La cubierta negra de pelo de camello empezó a hincharse, tan pronto arreció el viento. Las estacas que sostenían el techo cuadrangular pareció que fueran a saltar de sus cimientos. Cuantos había en la tienda se quedaron mirando hacia un punto de la llanura, donde una polvareda de arena semejava una carga de caballería que a todo galope se estuviese acercando a ellos.

Dos de los beduinos, los que se hallaban sentados sobre una estera extendida en la parte donde el techo de la tienda se inclinaba, y donde la sombra era completa, después de mirar hacia la estepa, se volvieron para mirarse entre sí. Ambos llevaban el turbante de seda sujeto con un cordón de pelo de camello, bien inclinado sobre el rostro, y una especie de venda que les cubría desde la barbilla hasta la nariz.

Nada más quedaban al descubierto los ojos. Unos eran azules, tal vez de un azul demasiado frío para no sugerir lejanas latitudes, y cuyas sienes y parte de los pómulos que quedaban desnudos mostraban una piel dorada, saturada de sol, pero que comparada con la ennegrecida, chamuscada piel de los demás nómadas agrupados bajo la tienda, suscitaban la idea de algo postizo.

El otro beduino tenía unos ojos pardos, y aunque su piel no era tan oscura como la de los otros, la idea del antifaz no aparecía tan definida.

En tanto la polvareda se les acercaba, los dos beduinos permanecieron unos instantes mirándose, sosteniendo un mudo diálogo. Dejaron que el turbión de arena les envolviera. Con el pretexto de que el viento pudiera arrebatarles la capa, la recogieron, manteniéndola bien cerrada en torno a sus cuerpos, en tanto una de sus manos buscaba en la abertura de su larga camisa

blanca, cerca del cinturón.

Cada uno asentó sobre un costado la pistola de grueso calibre, bien enfundada y sostenida por un cinto de cuero disimulado bajo la túnica.

Así que la nube de arena se hubo desvanecido, los dos se pusieron en pie al mismo tiempo. Cuantos había en la tienda volvieron la cabeza hacia ellos. Ojos negrísimos, de un brillo hiriente, quedaron fijos en los que acababan de levantarse.

El beduino de los ojos azules se dirigió a alguien que, tal vez por ser el más viejo, o por su condición de jefe, se hallaba sentado sobre unos almohadones y algo separado de los demás.

El de los ojos azules saludó a la manera árabe, evocó el nombre de Alá, junto con una breve frase de agradecimiento por la hospitalidad recibida, y sin aguardar a que el viejo le respondiera, salió del área de sombra que proyectaba la tienda.

El otro beduino, el de los ojos pardos, hizo lo mismo, tal vez obrando con mayor rapidez que el primero. Ya los dos fuera de la tienda, echaron a andar con paso rápido, soslayando el sitio donde se veía un corro de camellos y asnos.

Los dos mantenían sujeta por los bordes la capa, para que no se abriera por efecto del viento, mientras a mano derecha seguía metida en la abertura, apoyada en la culata de la pistola. El de los ojos azules daba unas zancadas mayores que su compañero. Era también más alto, y parecía encontrarse en mejores condiciones físicas. Se le veía andar sin esfuerzo, como si en realidad fuese entonces cuando empezasen la marcha. Al otro, por el contrario, se le apreciaba un agotamiento general y, hasta en ciertos momentos, parecía cojear...

El de los ojos azules se detenía de vez en cuando y se volvía a medias, como para mirar a su compañero. En realidad lo que hacía era mirar hacia el campamento de los nómadas.

—¡Más deprisa, Lavisse! —dijo en un francés de marcado acento anglosajón el beduino más alto—. Cuanto antes...

El otro no replicó, pareció que aceleraba el paso pero lo que en realidad hizo fue acusar su cojera. Algo le sorprendió su compañero en los ojos que, vivamente interesado, se paró, esperándole:

—¿Le molesta mucho, Lavisse?

—¿Todos los británicos son tan testarudos como usted, Carsey?

—preguntó, con evidente mal humor.

—Lo hice por usted, Lavissee...

—¡Maldito lo que eso me ha ayudado! Ha sido peor pararnos. Pese a esta cochina temperatura, los huesos se me han enfriado y la herida me muerde como no puede usted hacerse idea... Además, no creo que haya sido usted prudente al decidir acercarnos a ese campamento. Yo no los considero a todos tan inofensivos como a primera vista parecen...

—Y no lo son, no le quepa duda —replicó el británico, el «beduino» de los ojos azules.

El otro se detuvo, paralizado por la respuesta. Miró irritado a su compañero:

—Hasta ahora creía que era un cuento lo de la flema inglesa... Hay momentos en que no le comprendo, Carsey. ¿No le preocupa que entre esos beduinos exista quien se haya dado cuenta de nuestro disfraz?

Errol Carsey rompió a reír. Se quedó mirando a su compañero francés, verdaderamente divertido:

—¡En serio, Lavissee! ¿Pretendía usted pasar inadvertido entre los nativos?

—En el fondo, siempre he considerado inútil este disfraz...

—No tan inútil, puesto que nos ha permitido cruzar la frontera, y tal vez nos facilite la entrada en Damasco... Ignoro con qué otra indumentaria hubiéramos podido hacerlo con tanta facilidad... a pesar del «tropiezo».

El tropiezo era aquel disparo que había alcanzado a Jules Lavissee, en el momento en que él y su compañero intentaban meterse en un vagón de mercancías, precisamente cuando ya sólo les faltaba una jornada para llegar a la capital de Siria. Sin duda les habían tomado por dos vulgares salteadores. De no ser así, aquella madrugada hubiera sido con certeza la última que Jules Lavissee, oficial francés, y Errol Carsey, oficial británico, habrían visto en su vida. La patrulla francesa de servicio en la pequeña estación de ferrocarril no se hubiera limitado a unos disparos hechos casi sin apuntar. De salir tras de ellos, les hubieran dado caza; de eso podían sentirse seguros. Nada significaba la pistola que cada cual llevaba en el cinto.

Con aquella arma hubieran podido resistirse más o menos

tiempo, pero al final hubieran sucumbido. A sus espaldas tenían el desierto. Aquella estepa podía ser cruzada en plan pacífico, con un paso tras de otro, sin agobiarse, adaptándose si se presentaba la ocasión, al lento ritmo de cualquier caravana.

Los nervios podían permanecer tensos, pero no debían soltar en ningún momento las amarras en actos de impaciencia. Podían ver el mortal peligro a dos pasos. Lo habían estado viendo desde que salieron de Palestina. En distintas ocasiones sus ojos se habían tropezado con ojos franceses, que parecían observarles con inquietante curiosidad. Y algo peor aun: más de una vez, entre los pliegues del «litham» que envolvía la cabeza de cualquier beduino, se encontraban con unos ojos que les miraban tenaces; unos ojos quizá tan azules como los del oficial británico. Y esto era lo que consideraban más peligroso. ¿Algún agente alemán?

Siria y el Irak, eran a aquellas horas una partida que podía ser decidida en una simple jugada. Todo dependía de la cautela con que uno la preparase.

La caída de Francia ante el avance alemán tuvo una repercusión en los territorios de ultramar bastante extraña e incómoda para todos, en especial para los mismos franceses. Las autoridades de Vichy trataron por todos los medios de salvar sus colonias, y para ello no tenían más remedio que cumplir la neutralidad pactada con los vencedores.

El ejército francés quedó entonces dividido. Por un lado las Fuerzas Francesas Libres, alentadas por Inglaterra; por otro, los que consideraban que obedeciendo al Gobierno de Vichy, salvaban su honor y lo que quedaba de la patria...

Pero Siria era uno de tantos puntos donde confluían intereses totalmente ajenos a Francia. De Kirkuk partía el oleoducto al Mediterráneo. Al cruzar el Eufrates se abría en dos ramales: uno, formando casi una recta, tocando Palmyra y yendo a desembocar en Trípoli. El otro, por Rutbah, cruzando la Transjordania y casi bordeando la frontera siria, terminaba en Haifa...

Pero no era eso solo. Las líneas de comunicación con Turquía a través del Irak eran entonces del mayor valor, a causa de la superioridad de la aviación alemana en el Mar Egeo...

Por aquellos días los alemanes se bailaban empeñados en la batalla de Creta. Con el tiempo, aquello constituyó una derrota para

ambos contendientes: los aliados, porque fueron desalojados de manera rápida y rotunda; los nazis, porque allí gastaron lo mejor de sus fuerzas aerotransportadas. Estas fuerzas hubieran sido el resorte ideal para apoderarse fácilmente de Siria, Irak y tal vez Persia. La proeza de los paracaidistas alemanes acababa de asombrar al mundo. Inglaterra temía que de un momento a otro lo ocurrido en Creta se repitiera en el Oriente Medio. Y no vaciló en poner en juego todos sus medios para adelantarse. En los partes de los jefes de Estado Mayor aliado comenzó a figurar una palabra que, desde el primer momento, ponía en guardia: «Exportador».

Significaba la invasión de Siria...

Los ingleses no ignoraban que si los alemanes se les adelantaban, se producirían repercusiones políticas en Egipto, y la posición diplomática de los británicos quedaría enormemente debilitada en Turquía y en todo el Oriente Medio. Y desde el punto de vista estratégico, la vital zona del Canal y las refinerías de Abadan quedarían permanentemente bajo el mazo directo de la Luftwaffe.

—¿Podrá resistir hasta la estribación de ese monte, Lavisse? —preguntó el británico, al tiempo que cogía de un brazo a su compañero.

—¡Sí!... Creo que sí...

Sentía unos pinchazos horribles, y la fiebre comenzaba a apoderarse de él. El mal humor de Jules aumentaba no ya por las molestias que le producía la herida, sino por las complicaciones que iba a producir en el desarrollo de su misión. Había deseado ardientemente llegar cuanto antes a Damasco, y ahora en que casi se encontraban en los aledaños, sentía deseos de volverse atrás.

En tanto se acercaban al serrijón que cortaba la llanura de arena, Errol Carsey no cesaba de mirar atrás, por si en el campamento de beduinos observaba algo sospechoso. Ya se encontraban muy lejos, y a nadie habían visto levantarse para salir tras de ellos o para montar sobre un camello y adelantarse hacia Damasco. Quizá todos fuesen nómadas inofensivos, indiferentes a la tempestad que se cernía sobre su tierra.

Desde el año anterior Siria era un hervidero. Agentes al servicio de los nazis dedicábanse a crear corrientes de opinión antibritánica y antisionista entre los pueblos árabes. El Muftí de Jerusalén que

había huido de Palestina poco antes de estallar la guerra, se había refugiado en Bagdad, y desde allí apoyaba el movimiento antibritánico.

Hacía un par de semanas Inglaterra acababa de dar un golpe de mano, desembarcando unas cuantas brigadas en Basora, el más importante puerto del Irak en el Golfo Pérsico. El Primer Ministro iraqués, Rashid Ali, contando con el apoyo alemán, rechazó los argumentos británicos quienes alegaban que el tratado angloiraqués estipulaba, entre otras cosas, el derecho a mantener bases cerca de Basora y Habbaniya.

En el Irak ya estaba encendida la hoguera. Rashid Ali había hecho un llamamiento al Führer pidiendo ayuda armada, y éste se la había concedido, presionando sobre las autoridades de Vichy para que consintiesen en el tránsito de aeroplanos y material de guerra a través de Siria.

Junto con Jules y Errol, otros elementos aliados habían cruzado la frontera de Palestina. Algunos llevaban la misión de averiguar la fuerza aérea que los alemanes e italianos estaban concentrando en los aeródromos sirios.

Pero la labor más delicada era la que había tocado en suerte a elementos como Errol Carsey y Jules Lavissee. Y sin ninguna duda, la más difícil entre todas ellas, era la de Jules.

En Damasco debía entrevistarse con su padre, el coronel Lavissee. Cuando se produjo el derrumbamiento de Francia quedaron separados, cada uno en un bando.

Por momentos el joven oficial francés se sentía más pesimista en el resultado de su misión. En un principio la consideró muy fácil. La invasión de Siria era una operación propugnada tanto por los ingleses como por las Fuerzas Libres. Los franceses, sobre todo, tenían la impresión de que aquella acción apenas ofrecería dificultades. Sus compatriotas presentarían una resistencia simbólica y enseguida les dejarían pasar.

Lavissee era uno de los que más optimistas se había sentido. Ahora, apenas llegar a la cadena de pequeños montes, se negó a descansar en una de sus estribaciones, prefiriendo subir a la cima del que parecía más alto.

Aquel esfuerzo, quedó compensado por la vista que apareció ante sus ojos: la luminosa estampa de Damasco, con el blanco

hiriente de sus primitivas casas de tejado plano en los alrededores; franja verde de su huerta y allá en el fondo, la ciudad, con sus alminares erguidos, atentos a las mil caravanas procedentes del desierto.

Mas en Jules, aquel panorama no suscitó la más leve emoción legendaria. Para él aquello solo era un fuerte en pleno desierto, repleto de enemigos, cuyos alminares no eran más que cañones apuntando a lo alto.

—Creo que ha sido un error —murmuró el francés, al tiempo que se abría la amplia vestidura para arreglarse el vendaje.

—¿El qué?

—Encargarme de esta misión. Cualquier otro tendría más probabilidades de éxito que yo...

El británico rompió a reír:

—¡Vamos, Lavisse! Me decepciona. ¡Usted que era el más animoso!

Procedió a ayudarle en el arreglo de las vendas. Al tocar su carne la notó brillante, inflamada. El aspecto de la herida le inquietó. En unas cuantas horas había tomado un cariz alarmante. Disimuló, comentando en tono humorístico el cambio de humor de su compañero.

—Usted es que se siente cansado; eso es todo... Pero ya ve que nuestro objetivo se halla cerca. Antes de que anochezca podremos encontrarnos en la ciudad.

—Eso es lo que me deprime —repuso el francés, en tono sombrío—. Mientras nos encontrábamos lejos, creía factible cuanto se me había encomendado.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque creo que ya es un poco tarde. Los alemanes se nos han adelantado. Están llenando de aparatos los aeródromos, y es muy posible que en cualquier punto del país tengan concentrado algún ejército, dispuesto a intervenir tan pronto encuentren un pretexto. Ustedes, con su intervención en el Irak, creo que ya se lo han dado...

Lo que Jules decía no estaba tan lejos de la realidad. Y además de la amenaza que suponía aquella concentración de fuerza aérea, estaba la dubitativa puerta de Turquía que en un momento dado podría abrirse para dejar paso al ejército nazi.

—No es la misma situación de unas semanas atrás —prosiguió el francés—. Creo que nos hemos entretenido demasiado... Siempre nos ocurre lo mismo. Recuerde lo que nos sucedió en Dakar...

El británico se mordió los labios para disimular una sonrisa. Demasiado sabía cuán desastroso resultó aquel episodio. Fue, efectivamente, que obraron demasiado tarde. Pero algo más: toda una cadena de fallos e indiscreciones les llevaron al fracaso. Semanas antes de que la operación se realizase, el nombre de Dakar se hallaba en la boca de cualquier militar francés en Inglaterra. Incluso se dio el caso de que en un restaurante de Liverpool varios oficiales brindaran en plena exaltación por la conquista de Dakar. Cuando llegó el momento de intentar el desembarco, las defensas costeras se hallaban esperándoles, y el ánimo del militar afectó a Vichy dispuesto a dar una lección a sus mismos compatriotas, que desde aquel momento pasaban a ser los peores enemigos.

En aquella operación, los transportes eran británicos, pero las fuerzas francesas. Se creyó entonces que eso constituiría una ventaja. Resultó todo lo contrario. Los franceses de Vichy detestaban a sus compatriotas en rebeldía tanto o más que a los ingleses. Esa lección la tenía ahora en cuenta el mando aliado, y no iba a dejar que en la invasión de Siria fuesen sólo los franceses los que interviniesen, aunque ello acarrase otras dificultades, en el orden diplomático.

—Mi padre tomó parte en la defensa de Dakar —manifestó Jules.

—Lo sabía —contestó, tranquilamente, Errol—. Me lo dijo usted en la primera entrevista que tuvimos... Si no recuerdo mal, creo que los dos convinimos en que esto constituiría una ventaja. Muchos de los que tomaron parte en aquella acción, ahora tal vez se sientan arrepentidos de haber obrado tan duramente con sus propios hermanos... En el caso particular de usted, es indudable que constituye una gran ventaja. Su padre no va a desear que su propio hijo se estrelle, sintiendo los dos el mismo amor por la patria...

—¡Usted no conoce a mi padre! —exclamó, con ronca voz, Jules.

De no hallarse tan excitado hubiera podido sorprender en el rostro del británico un gesto significativo. Otra vez Errol se mordió los labios, para aplastar una sonrisa, haciendo a continuación una mueca.

—Mi padre es un fanático del deber... Su pulso no vacilaría al firmar la orden de fusilamiento contra mí, aunque tal vez sus ojos estuviesen llenos de lágrimas...

Ahora el británico se puso serio:

—¡Oiga, Lavisse! ¿Qué pretende con todo esto? ¿Se ha dado cuenta de que es imposible retroceder?... ¡Así esperaba yo que se expresara usted cuando nos entrevistamos en el Cuartel General! Cuando le oí hacer conjeturas sobre la manera en que reaccionaría su padre, me pareció usted un iluso, al que sólo se le podía disculpar por el cariño que siente hacia su familia... ¡El coronel Lavisse obrando en contra de las órdenes recibidas! ¡Vamos, Jules! ¿Qué se proponía usted con aquel optimismo? ¿He de entender que nos preparaba una jugada?

Estaba verdaderamente irritado. El francés, un poco pálido, le miraba atónito.

—¿Acaso usted conoce a mi padre? —preguntó, con voz temblorosa.

—¡Demasiado! —exclamó Carsey, fuera de sí.

Relampagueaban sus ojos, y un fuerte temblor empezó a sacudirle. Se quedó mirando a la lejanía, donde destacaba el manchón verde de la huerta cercando a la ciudad.

—¡El coronel Lavisse! Uno de los hombres contra el que no vacilaría en emplear toda clase de medios con tal de verle caer de su inabordable torre de orgullo y exasperante sequedad...

Se volvió rápido para atenzar con la mirada a Jules:

—¿Aun no ha entrevistado por qué le acompaño en su misión?

El francés le miró confuso:

—¿Qué quiere usted decir, Carsey? ¿Es, quizá, que no les merezco confianza?

—Uno de los motivos es ése. Creo que debe usted saberlo, ahora que nos hallamos tocando nuestra meta. Esa desconfianza ha partido de sus mismos compatriotas. En el camino he tenido ocasión de estudiarle, Jules...

El francés, en un ademán desesperado se había echado hacia atrás el turbante. Su rostro quedó totalmente descubierto, intensamente pálido, con los músculos tensos.

—¿Qué ha visto usted en mí? —preguntó, casi sin voz.

—Vacilaciones peligrosas, Jules. Se halla usted en medio de dos

corrientes y no sabe, o no puede sustraerse a ninguna de las dos... Por un lado le atrae lo que de noble pueda haber en los que levantan bandera de rebeldía, no resignándose al gris destino a que se ve sometida su patria. Por otro, está su padre, quien en este caso representa algo más que un hondo afecto: él es toda una tradición gloriosa, lo que siempre queda en pie aunque un país sea vencido y arrasado... Lo dramático es que usted no sepa lanzarse definitivamente por uno de los dos caminos...

Se calló, impresionado por el aspecto que ofrecía Jules. Lo vio hundido en la más negra amargura; los ojos brillantes, llenos de lágrimas; las manos crispadas, como buscando algo a qué asirse...

—¿Cree usted entonces... han creído todos que yo les traiciono? Preguntó, ronco, mirando a un punto indefinido.

—¡Nada de eso, Jules! —replicó apresuradamente, Errol—. Nadie ha dudado de su buena fe... Pero es usted, tal vez, demasiado sensible. Y éstos son momentos duros... Yo creo que usted fue sincero cuando nos aseguró que podría conseguir información de su padre, incluso cuando conjeturó ganarlo para nuestra causa...

Lavisé se tapó los ojos con ambas manos. No era el sol quien le hería, pues precisamente le daba a la espalda.

—Sí. Usted lo ha dicho antes: soy un iluso... En el Cuartel General yo creía ciegamente que mi padre nos ayudaría. Quizá influía en ello mi deseo de acercarme a él... Pero la crudeza de estas jornadas me ha obligado a despertar...

Se puso en pie, y, presa de gran convulsión, extendió un brazo en dirección a la ciudad. Con aquella ropa, parecía encarnar un bíblico personaje lanzando su anatema.

—En cualquiera de esos puntos se encuentra él... Nunca hubiéramos imaginado él y yo, que un día tendría que vestirme así y cruzar el desierto para entrar en una ciudad como ésa. Parece una burla del Destino... Todos hemos soñado las más agradables fantasías enmarcadas en esa ciudad... Ahora...

Se interrumpió, para reír secamente. Fue en el mismo instante en que dos lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—Le agradezco su sinceridad, capitán Carsey... Así sabré a qué atenerme. A mis espaldas quedan mis compatriotas observándome con escepticismo. Ahí delante me esperan los míos, dispuestos a renegar de mí...

Otra vez se calló, pero ahora para sonreír con amargura.

—De pequeños, mi hermana y yo proyectábamos mil fantasías sobre el escenario de Damasco, Ella siempre era la princesa. Yo, unas veces príncipe y otras bandolero... Al cabo de los años, en la realidad ella puede seguir siendo princesa... Por lo que se refiere a mí...

Errol se dio cuenta de la fiebre que le poseía, y se le acercó, compadecido.

—¡Capitán Lavissee! Siéntese y vamos a ver si bailamos una solución al asunto... Quizá su herida no le permita llegar por su pie a la ciudad. No muy lejos de aquí se ve una casa. Vamos a acercarnos, y si el sitio nos merece confianza, le dejaré allí y me adelantaré a la ciudad... En el momento oportuno volveré por usted.

La negativa fue rotunda:

—¡No, capitán Carsey! ¡Llegaré por mi pie a la ciudad!... Y ocurra lo que ocurra, me enfrentaré con mi padre... esta misma noche. Si fracaso... usted verá sí en este episodio que me ha tocado vivir me corresponde el papel de héroe, o de traidor.

—¡No se deje obsesionar por esa idea, Jules! —le cortó, rápido, el británico—. Ya siento haberle dicho nada...

—¡Oh, no! Su revelación ha sido una espuela que permanentemente quedará clavada en mis sentidos, para que no vuelvan a adormecerse... En lo sucesivo, miraré la realidad bien despierto.

Se produjo un silencio. El francés empezó a arreglarse el turbante. Luego, cuando terminó, intentó inclinarse, para sujetarse una sandalia, pero el dolor de la herida le impidió hacerlo.

—Déjeme a mí —se ofreció el británico.

Lavissee le contuvo con el ademán, en tanto le dirigía una mirada extraña, escrutadora.

—Estoy entrando a galope en la realidad, capitán Carsey —empezó a decir, con voz reposada, impresionantemente fría—. Pero de momento son demasiadas cosas las que se me vienen encima... Ayúdeme usted a situarme en algunas de ellas...

—No tengo inconveniente, Jules...

Le llamaba por su nombre a secas, buscando una cordialidad que parecía rota. Pero el francés siguió dando a la conversación un tono

enderezado, militar.

—Capitán Carsey: Existe algo que no acierto a comprender. En el Cuartel General sabían que conozco los principales detalles de la operación «Exportador». Tanto mis compatriotas como ustedes, desconfiaban de mí... Y no obstante, han dejado que me encamine al encuentro del enemigo.

—De ahí que yo le acompañe...

El francés sonrió, irónico:

—No diga tonterías. En cualquier momento he podido deshacerme de usted...

—Usted no es capaz de esa acción.

—¿Cree usted?

—Estoy completamente seguro.

Por debajo de la capa negra apareció una mano empuñando una pistola.

—¡Se equivoca, Carsey! ¡Soy capaz de matarlo ahora mismo, si no me dice qué es lo que se lleva entre manos! ¡Conozco la «habilidad» inglesa, y soy yo ahora quien desconfía de usted!

Diríase que Errol ya se hallaba preparado para encajar aquella transición. Imperturbable, sin mirar una sola vez el arma que le apuntaba, dijo:

—No sea niño, Jules... Le va mejor el papel de príncipe que el de malvado.

Errol miraba las facciones correctas, aniñadas, de Jules; sus ojos pardos, brillantes por la fiebre y la ira, y percibió cómo de pronto aquel rostro de piel irritada por el sol quedaba fundido en otro, casi de idénticas facciones, aunque más delicadas, de piel suave y ojos tan grandes como los de Jules, pero grises. Los veía tan brillantes como los del francés, pero sin nada de fiebre, sólo llenos de ira... Algo del pasado mantuvo sujeto por uno instantes a Errol. Cuando volvió a la realidad, se dio cuenta de que Lavissee ya se había guardado la pistola. Miraba al británico, sin dejar de sonreír con amargura.

—Es curioso —comentó, pensativo—. No puede usted imaginar el efecto que me ha producido escuchar en estos parajes las mismas palabras que tanta impresión me hicieron de niño: el papel de príncipe me va mejor que el de malvado... Ésa era una de las muletillas de mi hermana, siempre que planeábamos una de

nuestras historias...

—Es natural que Danielle sintiera así —replicó Errol, escueto.
El francés le miró atónito.

—Capitán Carsey: ¿Acaso conoce a mi hermana?

—¿Por qué?

—Acaba de decir su nombre...

—Tal vez por habérselo oído pronunciar a usted durante el camino.

Lavissee le observaba cada vez más receloso.

—¡No! Estoy seguro de no haber pronunciado su nombre. Me he cuidado mucho de ello...

—¿Está usted seguro de no hablar en sueños? —sonrió Errol, aguantado la mirada escrutadora de Lavissee.

—¡No soslaye el asunto! Capitán Carsey: Estoy entrando en la realidad, y quiero saber a qué atenerme en todo. ¿Usted conoce a mi hermana?

El británico, tras un breve silencio, rompió a reír.

—¡Pero no dramatice, Jules! ¿Qué tiene de particular que yo conozca su nombre? No olvide que existe un departamento de información, y nada tiene de extraordinario que en uno de los informes conste el nombre de la hija del coronel Lavissee, junto con la afirmación de que es «la muchacha más hermosa con que han tropezado los ojos de un agente». Estoy seguro de que así figura en un informe...

A esto siguió un silencio largo, en el que los ojos de Jules buscaron varias veces los del británico. En el rostro del francés se efectuaron varios cambios de expresión, reflejando la convulsión de ideas que acababa de desencadenarse en su mente.

—Carsey: ¿Tomó usted parte en el desembarco de Dakar? —preguntó de pronto.

—Indirectamente, sí.

—¿Acaso estaba usted de agente en la ciudad... tal como ahora pretende meterse en Damasco?

—Tal vez —sonrió Errol.

A esto siguió otro silencio, cargado de dramatismo. Jules parecía abrumado. Miró, desesperadamente, al británico.

—Capitán Carsey: ¿Qué se lleva usted entre manos? —preguntó angustiado.

Errol le puso amigablemente una mano sobre el hombro.

—Deseche las ideas negras, Jules. Ahora que creo conocerle a fondo, casi puedo asegurarle que todo saldrá bien. Vámonos. Por el camino decidiremos si entro yo primero en la ciudad...

—No daré un paso si antes no me dice qué se propone...

Errol se quedó mirando a lo lejos, hacia la luminosa estampa de Damasco.

—Tal vez —empezó a decir, con voz fosca— teniendo en cuenta los deseos de Danielle, he reservado para usted el papel de príncipe..., y para mí el de malvado...

CAPÍTULO II

Por fortuna, el criado árabe que prestaba servicio como jardinero en la finca que el coronel Lavissee ocupaba en el barrio europeo de la ciudad, no vaciló en cumplir el encargo.

A los pocos minutos, por uno de los estrechos senderos del jardín aparecía la figura encorvada del viejo criado Paul. Jules le reconoció enseguida y en un tris estuvo que, impulsado por la emoción, no le llamara a voces.

La obscuridad impedía ver el rostro del viejo. Pero por la forma de andar, diríase que estaba beodo. Daba cortas carreras y de pronto se detenía, como si se le hubiese terminado la cuerda, o una idea de recelo le frenase. Antes de llegar a la pequeña puerta de hierro, miró varias veces atrás.

En esta parte del jardín existía poco peligro de que les sorprendiese algún curioso importuno. Antes de decidirse a llamar, Errol había dado un rodeo a la finca. A esta parte recaían los departamentos del servicio. Además, este trozo de jardín estaba obstruido por montones de arena y piedra, debido a la reforma que se estaba efectuando en un ala del edificio. Había poco peligro, pues, de que el dueño de la casa se aventurase a aquellas horas por aquel sitio.

Cuando Paul trató de introducir la llave en la cerradura de la puertecita de hierro, se notó su respiración acelerada y su alterado pulso. Tardó en abrir. Cuando al fin lo consiguió, retrocedió unos pasos y, casi borrado por la obscuridad, permaneció inmóvil, con la respiración contenida.

Dos figuras humanas, envueltas en oscuras capas, se introdujeron en el jardín. La última que entró se encargó de cerrar.

Lavissee, que iba delante, avanzó lentamente hacia el viejo.

—¡Paul! —murmuró—. ¡Querido viejo!...

—¡Señorito Jules!

La amplia y áspera capa de los hombres del desierto envolvió a las dos figuras, fundidas en una sola. Durante unos instantes permanecieron abrazadas, en silencio.

Lavisse fue el primero en soltarse. Le agitaban fuertes temblores, y temía de un momento a otro caer desvanecido. El viejo se dio cuenta.

—¿Le ocurre algo, señorito?

—Necesitamos tu ayuda, Paul... Estoy algo enfermo... Pero importa que papá no sepa por ahora que estoy aquí...

—¿Y la señorita Danielle?

—Ella, sí...

Tras un breve silencio, el viejo manifestó:

—Veré de qué forma le mando aviso... Ninguno de los dos se encuentra aquí. Su padre hace días que apenas si permanece en casa una hora... y en cuanto a la señorita Danielle, se halla en una fiesta que da esta noche la legación italiana...

Errol se les acercó, dispuesto a intervenir, Antes de que lo hiciera, Lavisse le presentó como su «fiel amigo».

—Jules está enfermo —dijo el británico—. Urge encontrar un sitio de confianza donde pueda reposar... y un doctor hábil, que se sorprenda poco...

Hubo un silencio. El británico mantenía agarrado de un brazo a Lavisse.

—Todo ha de ser con la máxima rapidez —insistió Errol.

—Yo creo que podría quedarse aquí, señorito Jules —dijo Paul, tras haber meditado unos instantes—. Llevamos aún poco tiempo en Damasco. Esta casa es muy grande, y en el piso alto se encuentran todavía los cuatro cachivaches que dejamos cuando llegamos... Existe la ventaja de que se puede llegar a aquellas habitaciones sin necesidad de utilizar la escalera principal. Hay una escalerilla que da a esta parte del edificio...

Errol se mostró entusiasmado:

—¡Esto es maravilloso!

—Y puesto que el coronel apenas aparece por aquí... —Siguió el viejo.

Jules preguntó entonces por el personal de servicio. De los

antiguos, sólo quedaba la cocinera, Marie, una tunecina cristianizada. El resto era del país, y sólo iban de día para efectuar el servicio, a excepción del jardinero, que dormía en una barraca donde se guardaban las herramientas de los albañiles.

—No hay necesidad de que nadie les vea —siguió Paul—. Ni siquiera Marie, si usted no lo cree conveniente...

Pero lo que de momento importaba era apartarse de allí cuanto antes. Paul ya vería la forma de que el jardinero no se extrañara que los huéspedes utilizasen aquella entrada.

Entraron en el edificio pasando cerca de la cocina donde se oía a Marie trajinando con sus cacharros. Nadie más había en la casa. Cuando se hallaban subiendo la escalera, Errol se sintió impulsado a bromear:

—¡Si ahora apareciese el coronel!

Jules se estremeció. La posibilidad de que su padre le sorprendiese con aquel disfraz, le aterrorizaba. En otras circunstancias no le hubiera faltado humor para considerar que aquella indumentaria rodeaba de mayor interés la visita. El malestar que le producía la herida, había agotado todos sus recursos de defensa. Por nada del mundo querría hallarse ahora frente a su padre, porque era seguro que sería derrotado... No sentía más anhelos que echarse en un rincón y cerrar los ojos, dejando que las cosas rodaran sobre él.

El piso alto reunía todas las condiciones que ellos necesitaban. Si procuraban no hablar ni pisar fuerte, nadie se daría cuenta desde abajo. En una de las habitaciones interiores podían, incluso, mantener una luz encendida.

Errol se despojó de la capa y el turbante, y procedió a ayudar al viejo. Ofrecía un extraño aspecto con su larga camisa blanca, el rostro tostado y el rubio cabello revuelto. Daba zancadas de un lado a otro, trasladando muebles y ropa. En unos instantes quedó improvisado un lecho.

Pareció que a Lavissee sólo le quedaran fuerzas hasta el preciso momento en que la cama estuvo dispuesta. Se dejó caer en ella, agotado, hecho un ascua de fiebre.

Cuando Paul se dio cuenta de que estaba herido, protestó:

—¿Por qué no lo han dicho antes?... ¡Ya estaría aquí el doctor!

Se dispuso a salir, pero Carsey le detuvo:

—Oiga, Paul... Creo que se habrá dado cuenta del carácter de nuestra visita.

—Me he dado cuenta, señor. Hace días que el señorito Jules me tenía advertido —respondió el viejo, con naturalidad.

—¿Cómo? —exclamó Errol, desagradablemente sorprendido.

Se volvió a mirar a Lavissee, pero éste se hallaba amodorrado.

—¿Qué medios empleó para avisarle?

—El correo...

El inglés se sintió abrumado:

—¡Qué imprudencia!

—¿Por qué, señor? Yo mantengo correspondencia con mis parientes...

—¡Desde luego! —exclamó Errol, exasperado por tanta candidez—. Y el servicio de espionaje también...

—Pero la carta no traía nada sospechoso. Ni siquiera figuraba el nombre del señorito Jules. Cuando Francia cayó, y el señorito decidió marcharse convino conmigo que, si algún día se decidía a visitarnos, lo anunciaría por medio de mi hermano, simplemente con decir que estaba gestionando un permiso para venir a verme...

—¿Dónde se halla su hermano?

—En Lisboa, al servicio de un alto funcionario de nuestra Embajada...

Errol sentía su frente mojada de un sudor frío. En vano se esforzaba por ahuyentar las ideas negras que de pronto habían entenebrecido su mente. Consideraba que Lavissee había cometido una imprudencia algo más que peligrosa.

En aquel fárrago de ideas, una empezó a abrirse paso, cada vez más perfilada y robusta. En vano intentaba desecharla. Jules no era tan ingenuo como parecía. Jules era débil, ésa era la única verdad, y sintiéndose incapaz para decidir en la tremenda disyuntiva en que el Destino le había colocado, dejaba que el azar decidiera... Un azar forzado por Lavissee mismo. Lanzaba aquella carta para que atravesase la red de contraespionaje. Si en algún punto quedaba enganchada, el juego habría terminado. Sería la adversidad la que habría decidido, ya que Jules se sentía incapaz de hacerlo...

Ya no se sentían seguros allí. Pero intentar trasladarse, en el estado en que se encontraba el herido, sería peor.

—Bien. ¿Y ese doctor?...

—Es un oficial, viejo amigo de casa...

—No es amistad lo que más precisa ahora, sino afinidad de ideas... o simplemente indiferencia...

—Le entiendo —replicó Paul—. Y el doctor a que yo me refiero es algo más que un indiferente: es de los que se ríen de todo... Eso le ha perjudicado mucho en su carrera, y no sería de extrañar que un día lo expulsaran del ejército, o le dieran un disgusto mayor...

—Llámele —dijo escuetamente Errol.

Media hora más tarde, el capitán médico Alfred Berry, se acercaba al camastro en que yacía Jules Lavissee. Era un tipo rechoncho, de cara ancha y rojiza. Ojos pequeños, exageradamente vivos, que daban la sensación de que al mirar pinchaban.

Al aparecer, apenas miró a Errol, quien había vuelto a ponerse el turbante de forma que casi le cubría el rostro. Se detuvo unos segundos con la vista fija en la cara de Jules, quien permanecía con los ojos cerrados. De vez en cuando se removía, emitiendo un apagado gemido.

Ningún gesto hizo el doctor Berry, al ver la herida. En realidad, emitió un zumbido, pero tan leve, que había que estar muy atento para percibirlo.

Durante el tiempo que duró la cura, no habló, ni casi pidió ayuda. Si alguna vez lo hizo, lo solicitó más bien con el gesto.

También cuando hubo terminado fue con el gesto como indicó a Paul y a Errol —ésta fue la primera vez que se dirigió al británico— que le siguieran a otra habitación.

—Me lo han traído ustedes con muchas horas de retraso —fue lo primero que dijo, sin mirar a nadie—. A mí también me gusta «jugar», pero me fastidia hacerlo cuando sé, antes de levantar las cartas, que son malas... Es en lo único que coincido con ustedes, los ingleses...

Miraba a Errol, pinchándole con sus ojos pequeños. Éste no había podido contener un gesto de estupor. Estaba seguro de que no había pronunciado palabra desde que el oficial médico apareció. En seguida pensó que Paul, que sin duda le había reconocido por el acento, se lo habría comunicado apenas llegar.

Carsey, en tanto dirigía una mirada de reproche al viejo criado preguntó:

—¿Les sería muy difícil olvidar de momento mi nacionalidad?

—Difícil, no —contestó rápido, Berry—. A mí va a resultarme imposible... Si Jules gana la partida en que se halla empeñado, yo sólo veré que es un inglés el que ha ganado. Si pierde, veré solo al inglés como causante de la derrota...

Miró su reloj, y pareció que de pronto le entraba una gran prisa.

—He de marcharme. El coronel está al llegar —dijo.

—No es probable, doctor —manifestó Paul—. Hace ya algunas noches que duerme en el Cuartel General...

—Esta noche, no. Los Jefes de Estado Mayor han dado por terminadas sus deliberaciones, y es seguro que esta noche cada uno dormirá en su casa, como empedernidos jugadores que regresan al hogar tras una de sus escandalosas ausencias. Sólo que nuestros jefes de Estado Mayor quizá no han sospechado que cada vez que se sientan a la mesa, no son ellos los que juegan...

—¿Hay tras ellos un inglés? —inquirió, con sorna, Errol.

—Un inglés... y un temible competidor que amenaza con ganar la partida empleando la táctica del puñetazo sobre la mesa. Usted me entiende —terminó, clavando las agujas de sus ojos en las pupilas de Carsey—. Dense prisa para que al menos nuestro buen Jules no se haya estropeado los pies en balde...

Se volvió a Paul, y le hizo unas cuantas recomendaciones acerca del herido. Pensaba volver al día siguiente, bien temprano, una vez se hubiese cerciorado por teléfono de que el coronel ya no se hallaba en casa.

—Y en último extremo, si la cosa se pone muy mal, no vacilen en llamarme, aunque el coronel lo advierta. Todo es preferible a que se nos escape este buen chico...

Carsey le observaba con curiosidad, y aún no tenía claro si aquel hombre le era odioso, o simplemente pintoresco. Diríase que Berry adivinó sus pensamientos.

—Señor —dijo, haciendo una cortés reverencia—. Confío en que le soy profundamente antipático... Si aún no lo he conseguido, le prometo hacer lo imposible por lograrlo. Mi mayor satisfacción es ser antipático a todo el mundo... ¡Ah! Permítame un comentario: Su disfraz de beduino, además de incómodo, es muy poco original. Tampoco resulta eficaz. ¡No sé a quién habrán engañado ustedes! Preferible hubiera sido que hubiesen aparecido con salacot y pantalón corto.

Ya en la puerta, a punto de salir, añadió:

—Y no olvide mi consejo. Dense prisa... Cuando los alemanes avanzan, corren más que cuando los ingleses retroceden... Buenas noches.

Paul salió tras de él. Cuando el viejo criado regresó, halló al inglés junto a la cabecera del lecho.

—No lo tome usted en cuenta, señor —recomendó, con aspecto apurado—. Está un poco trastornado, pero en el fondo, es muy buena persona.

—¿Quién? —preguntó Errol, verdaderamente despistado.

—El capitán médico.

—¡Ah! No se preocupe.

Algo de mayor importancia ocupaba ahora el pensamiento de Carsey.

—¿Ha mandado aviso a la señorita?

—Sí, señor. Después que llamé al doctor.

—¿Cómo, pues, no se encuentra aquí?

—No he hablado directamente con ella. En el momento de mi llamada, la señorita Danielle se hallaba bailando con un alto jefe nazi y... no me he atrevido a recomendar que la interrumpieran.

—¿Qué recado ha dicho que le transmitieran?

—Simplemente, que procurara no volver tarde a casa.

Errol dio escape a su mal humor:

—¡Perfectamente! Ella lo habrá interpretado como una recomendación de su padre, y, como buena hija, regresará a casa cuando se le antoje...

—Si lo interpreta así, la señorita regresará enseguida. Ella adora a su padre...

Errol se mordió los labios, ahogando la réplica. Sabía cuán verdad era lo que acababa de expresar Paul. Sin aquel círculo cerrado que formaban los dos hijos y el padre, la situación de los tres sería ahora bien distinta.

Ahora Carsey pensó en el capitán médico. No lo catalogaba como un ser medio trastornado, como acababa de sugerirle el viejo criado. Lo poco que le había oído lo tomaba muy en serio.

—Ya a ser un inconveniente que el coronel duerma esta noche en casa —comentó, muy preocupado.

—No lo tome en cuenta. Al doctor Berry le gusta apurar a la

gente...

—De todas formas, habrá que estar prevenidos. Es de la máxima importancia que el coronel ignore que se encuentra aquí su hijo, en tanto yo no haya hablado con la señorita Danielle...

Había que darse prisa, le había dicho el capitán médico. En eso coincidía con Errol, y tal vez con lodo el mando aliado. ¿Quién era Berry? ¿De veras un indiferente, un escéptico? Carsey pensaba que no iba a disponer de tiempo para averiguarlo. Si todo se producía según sus cálculos, partiría enseguida de Damasco.

—Cuando llegue la señorita, no le diga que su hermano está aquí. Solamente déjeselo entrever... En absoluto debe aludir a su estado.

—Lo tendré en cuenta, señor —repuso Paul.

—Ahora, vuelva usted a su quehacer habitual, no tengamos una sorpresa. Yo quedo al cuidado de Jules...

El viejo se marchó, y Errol se cuidó de pasar el pestillo que cerraba por dentro la puerta de entrada. Ahora en que ya se hallaba en la meta, era cuando sentía que la fatiga se apoderaba de él.

De buena gana se hubiera puesto a pasear, para no dormirse, pero temía que sus pasos se oyeran abajo. Se sentó a la cabecera del lecho. Jules permanecía en un profundo sopor. Su dolor parecía acallado por el calmante que el capitán médico le había suministrado. Esto le satisfizo. Por el bienestar del herido, y porque ahuyentaba el peligro de que un grito emitido en plena inconsciencia despertase la alarma...

Encendió un cigarrillo, y con él en los labios se cruzó de brazos. Transcurrió algún tiempo.

Errol no supo qué ocurrió primero: si el cigarrillo, apagado y medio consumido, despegándosele de los labios y dándole en el dorso de una mano, o el sonar en la puerta unos impacientes golpes.

Su primer ademán fue amartillar la pistola. Con gran precaución, todavía con la imaginación embotada por el incómodo sueño, fue acercándose, sin producir el más leve ruido.

—¡Señor!... ¡Oiga, señor!...

Paul llamaba, abogando el máximo la voz. Errol describió el pestillo. El viejo apareció muy alterado.



—Sólo estoy segura de que es usted británico

—Señor... El coronel y su hija han llegado juntos...

Se ahogaba, y se oía el castañeteo de sus dientes. Carsey cogió de un brazo a Paul, y lo hizo pasar.

—¿Ha hablado con la señorita? —preguntó, tranquilamente, el inglés.

—No he tenido ocasión... ¿Sabe quién ha Tenido con ellos?

—No, hasta que usted lo diga.

—Von Schulgen...

Carsey permaneció impasible. Esto excitó al viejo criado.

—Pero ¿no se da cuenta, señor? Todos saben en Damasco que Von Schulgen es un temible, jefe del contraespionaje alemán...

—Y en El Cairo también lo saben, amigo Paul —respondió, con sorprendente serenidad, el británico—. Es preferible tener al lobo de cara... Vaya abajo. Cuando encuentre la oportunidad, dígame a la

señorita Danielle que el británico que en Dakar tuvo la osadía de quitarle el coche, se encuentra ahora en Damasco; más concretamente, en su casa, y que solicita urgentemente una entrevista...

Lo que Carsey acababa de decir, hizo efecto en el viejo criado.

—¡Usted es el del coche!...

Aquello pareció aterrorizarle.

—Si lo que usted pretende es disculparse, le aconsejo, señor, que no lo haga. Vale más no mencionar aquello... Trajo muchos trastornos a casa. Por primera vez, el coronel y su hija discutieron.

—¿De veras? —insistió Errol, intrigado—. ¿Por qué?

—El señor acusó a su hija de haber colaborado con el enemigo...

—¡Muy interesante! —exclamó el inglés. Y tras permanecer unos momentos, pensativo—: No le diga nada de mí... Hágale entrever solamente que su hermano se halla aquí arriba...

—Así lo haré, señor.

—Hágale saber que no conviene que su padre se de cuenta de nada...

Paul iba a marcharse, cuando retrocediendo y cerrando de nuevo la puerta, preguntó:

—¿En cuanto a Von Schulgen?...

—¿Qué es lo que puede usted hacer? Déjelo que se retire cuando lo crea conveniente. Posiblemente su visita obedezca a causas distintas al servicio. ¿No cree?... La señorita Danielle es lo suficiente hermosa para tener adoradores tanto en un bando como en el otro...

—Von Schulgen es la primera vez que viene a esta casa —apuntó, gravemente, el criado—. Eso es lo que me inquieta...

—Pues tranquilícese, Paul. Son tantos los peligros que nos rodean, que uno más no importa...

Lo dijo en tono tan confiado, que el criado acabó por tranquilizarse. Era lo que perseguía Errol. Para cualquier mirada medianamente sagaz, hubiera sido demasiado peligroso que el viejo Paul, siempre tan tranquilo, se comportase con aire de melodrama...

Únicamente cuando Carsey se quedó solo, manifestó con toda claridad el efecto que aquella visita le había producido. Quedó resumido en una frase, pronunciada entre dientes:

—Me temo que no me van a dar ocasión de que interprete mi papel de malvado...

Se equivocó. Media hora más tarde, Errol Carsey tenía ante sí la deslumbradora belleza de Danielle. Y el británico, entrando en «su papel», la acogía con un gesto de exasperante cinismo...

CAPÍTULO III

El contraste no podía ser más fuerte. El, enfundado en aquella larga camisa blanca, de amplias mangas, que parecía aumentar su estatura; su quemado rostro, con una raya muy clara cruzándole lo alto de la frente; el rubio cabello, largo y revuelto...

Ella... Por unos segundos, el británico se sintió fuera de su «papel». Deslumbrado, aturdido por aquel relámpago de belleza, miraba a Danielle: su cabellera castaña, con reflejos cobrizos, cayéndole en bucles sobre los hombros desnudos; el oscuro vestido cortándole el busto por debajo de las axilas; sus finos labios, rojos y brillantes, en los que se insinuaba una sonrisa de desafío; y sus grises, esplendorosos ojos que, tras el primer parpadeo producido por la sorpresa, habían quedado entornados, para recoger mejor la imagen de Errol Carsey.

La entrevista se desarrollaba en el piso alto. El británico acababa de abrir la puerta al percibir los apresurados e inconfundibles pasos de Danielle. Antes de que ella entrara, una oleada de delicioso perfume la precedió.

Errol no pudo, o no quiso evitarlo. Cuando se dio cuenta, ella ya le rodeaba con sus desnudos brazos.

—¡Jules!... ¡Hermano mío!...

No llegó a besarlo, porque ella advirtió su error, al mismo tiempo que él echaba la cabeza hacia atrás. Tan sólo un leve roce de mejillas...

En la obscuridad los ojos de Danielle adquirieron relumbres metálicos:

—¿Quién es usted? —preguntó, en voz alta.

—¡Por favor!... ¡Guarde silencio!...

No muy lejos de donde estaban ellos, había una habitación con

luz encendida, cuya puerta entornada quebraba un desmesurado espadón contra un ángulo del pasillo.

—Vamos allí —dijo Errol, tras cerrar la puerta de entrada al piso—. Su hermano le aguarda...

Ella lanzóse sin vacilar hacia la raya de luz, y empujó la puerta. El británico iba a advertirla de nuevo para que guardara precaución, pero cuando la puerta quedó abierta, y la bocanada de luz alcanzó a Danielle, quedó inmóvil, contemplándola fascinado. Venía vestida tal como acababa de brillar en los salones de la legación italiana en Damasco. Allí la tenía, con aquella estudiada desnudez que de manera tan prodigiosa realzaba su belleza.

Súbitamente se sintió irritado contra aquella mujer. Aquel esplendor, aquel aire de seguridad, su aspecto feliz, los sintió como un insulto. No podía haber seres así, cuando la amargura, cuando la más feroz tragedia estaba asolando al planeta...

Se repuso enseguida. Se estaba saliendo de su papel de hombre cínico. Al mismo tiempo veía que la muchacha, al notar que su hermano no se hallaba en aquella habitación, se volvía hacia el británico, quien todavía se hallaba en la zona oscura.

—¿Qué juego es éste? —preguntó, con voz irritada.

El británico procuró que la luz le abarcara, al tiempo que decía:

—¡No es ningún juego, señorita Lavisse! Por bien de su hermano, procure que no nos oigan...

El fue el primero en meterse en la habitación y, situándose en un extremo, se cruzó de brazos, recostándose contra una pared. Fue en esta posición como empezó a entrar en su estudiado papel.

—¡Usted!...

La muchacha acababa de ahogar una exclamación. Parpadeó unos segundos. En seguida, también por un brevísimo tiempo, sus ojos permanecieron desmesuradamente abiertos, espantados.

Pero tal vez la sonrisa sarcástica que sorprendió en la boca de Errol, y la forma en que éste la miraba, de pies a cabeza, con lentitud, la hicieron reaccionar rápidamente. Iba a replicar con cólera, pero se contuvo. Presintió que algo más debía contener aquella extraña situación, que lo que a primera vista aparecía. El británico la estaba insultando con los ojos, mas ¿era simplemente para ello por lo que había corrido tantos riesgos?

—¿Qué hace usted en Damasco? ¿Viene a repetir la jugada de

Dakar?... Le anticipo que aquí no tengo coche...

Era ahora ella la que sonreía, desafiándole, y mantenía los ojos entornados, para captarle mejor.

—¿Qué piensa robar aquí?...

Errol seguía recostado contra el tabique, con los brazos cruzados.

—Antes de que yo le exponga lo que pretendo, vaya a ver a su hermano. Está en la habitación inmediata... He cerrado las maderas de la ventana para que pueda encender la luz. No obstante, no la mantenga encendida mucho tiempo. Molestará el sueño de su hermano...

Ella, tras un momento de vacilación en el que pareció recelar otro engaño, se dispuso a salir.

—Yo la esperaré aquí... Le ruego que no tarde —dijo Errol, sin moverse de su sitio.

Danielle salió. Y al poco, Errol percibía una exclamación y unos sollozos ahogados. Transcurrieron unos minutos. Todo volvió al mayor silencio. La raya de luz que la habitación inmediata había proyectado sobre el pasillo, hacía unos momentos que se había extinguido.

Carsey oyó unos pasos lentos, inseguros; unos pasos ya tocados de la amargura en que la mayor parte de la humanidad se debatía. Eso ya estaba mejor. Cuando la vio entrar, Danielle parecía otra. Seguía tan bella como antes, pero ya no se veía en ella aquel aire de indiferencia, de irritante frivolidad... En todo esto se equivocó Carsey. Ninguna noche como aquélla, antes de que Danielle supiera nada de su hermano, se sintió la joven con menos tendencia a la frivolidad. Regresaba de una fiesta en la que había estado llevando una máscara de felicidad que no sentía... Hacía muy pocos minutos había estado abajo hablando con Von Schulgen, esforzándose porque la máscara no se le desprendiese del rostro.

El estado en que acababa de encontrar a su hermano, había sido el golpe definitivo. Además, allí, arriba, en aquellas apartadas habitaciones y frente a aquel individuo, al británico, apenas si le importaba disimular.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, sin mirarle, con voz ronca.

Errol refirió a grandes rasgos las peripecias desde que salieron de Palestina. Para nada se refirió al motivo de aquel viaje. Esperaba

que ella se lo preguntara.

Pero esa pregunta no salió, porque con gran estupor de Errol, la muchacha comenzó a expresarse con un conocimiento de causa, que el inglés no pudo menos que pasar del asombro a la más angustiosa alarma.

—Como de costumbre —dijo Danielle, ahora mirándole de una forma que a Errol empezó a producirle daño—. Inglaterra utiliza a los conejos de Indias para sus parodias de guerra. Sé que muchos compatriotas míos se han introducido en el país mandados por ustedes, para que preparen la revuelta... De un momento a otro darán ustedes la orden de atacar...

La muchacha, en un ademán desesperado, se retorció las manos. Sus ojos adquirieron un extraño brillo:

—¿Sabe usted lo que ocurrirá?... ¡Les están esperando!... ¡Dakar se repetirá aumentado!...

Era lo que temía Carsey, lo que a última hora estaba enrareciendo la atmósfera optimista de la operación «Exportador». Desde un principio los dispositivos se habían estado calculando a base de que la resistencia de los franceses a las órdenes de Vichy fuera nula. Se había contado también con otro factor, aún más decisivo: la sorpresa. Y eso, a juzgar por lo que acababa de oír a Danielle, era ya imposible. Recordó las palabras del capitán médico: «Dense prisa... Los alemanes corren más...».

—¿Para qué ha metido en el juego a mi hermano, señor «Spangler»? —preguntó, entre autoritaria y suplicante.

Errol no pudo reprimir un gesto de sorpresa al oírse llamar así. Aquel nombre ya no tenía sentido para él; había quedado borrado por los acontecimientos. Y sin embargo, hacía muy pocos meses, fue el nombre que representó su falsa personalidad de hombre de negocios norteamericano en el África occidental.

—El señor «Splanger» murió en Dakar, señorita Lavis —advirtió sonriendo, y sintiendo en el fondo una gran satisfacción de que aquella muchacha aun lo recordase—. Pertenezco al ejército británico, y me llamo Errol Carsey...

—De una sola cosa estoy segura: de que es usted británico...

—No dude tampoco en creer que éste es mi verdadero nombre y de que pertenezco al ejército. Tal como se encuentran las cosas, es inútil disimular. Su hermano podrá garantizar la verdad de lo que

digo...

—Me interesa poco comprobar cuál es su verdadero nombre, señor... Carsey. Ni si pertenece usted al ejército, o si es simplemente un agente provocador a sueldo del Gobierno británico. Me importa sólo la situación de los míos, de mi hermano...

—Lo sé, señorita Lavisse. Y es para referirme a su hermano por lo que primero quiero que quede bien sentada mi verdadera condición. El capitán Lavisse es un bravo soldado que no tiene más defecto que... querer a ustedes demasiado. El que yo me encuentre a su lado obedece precisamente a ese «defecto»...

Se quedó mirando a la muchacha, con un estudiado gesto de indiferencia. Ella le miraba también, primero con viva ansiedad, luego como desconcertada, no adivinando el sentido de aquellas palabras.

—Su hermano, al igual que otros compatriotas suyos, ha sido encargado de una delicada misión: estrechar el contacto con los mandos dependientes de Vichy. Como comprenderá, eso tiene la máxima importancia en estos momentos. Hay un ejército de franceses que sólo esperan una señal para iniciar la invasión de este país. No, no acuse a Inglaterra en este caso. Son sus mismos compatriotas los que más han presionado para que esta operación se realice. Están sedientos de lucha. Quieren contribuir con algo efectivo a la causa común... El fracaso de Dakar pesa sobre ellos como una losa que no les deja moverse. Buscan ansiosos una oportunidad para demostrar el valor de sus hombres, y ocupar entre los Aliados el puesto que les corresponde. Esa oportunidad creen hallarla en Siria. Están convencidos de que sus compatriotas apenas opondrán resistencia...

—¡Se equivocan lamentablemente! —exclamó, sin poderse contener, Danielle—. ¡Les están esperando!... ¡Los exterminarán!...

Sus palabras fueron dichas en un timbre de voz henchido de dramatismo, algo que rompía la displicente actitud que últimamente había adoptado.

—Esto es lo que yo recelo —prosiguió Errol, haciendo como que no se daba cuenta de la apasionada actitud de la muchacha—. Hace unos días fui llamado al Cuartel General. «Capitán Carsey: ¿Usted actuó en Dakar?». Y sobre la mesa de mi superior vi el informe que facilité en los tiempos en que usted me conoció como el «señor

Spangler». Respondí afirmativamente. «¿Trató usted al coronel Lavissee?». Contesté que a él directamente, no, pero sí a alguien que le andaba cerca. Referí sucintamente las cordiales relaciones que usted y yo mantuvimos... hasta el momento en que usted descubrió mi personalidad, precisamente cuando la hoguera estaba ya encendida. No oculté tampoco la necesidad que tuve de utilizar su coche, para evitar la patrulla de soldados franceses que usted me estaba echando encima... «Tendrá usted que acercarse de nuevo a esa muchacha», dijo mi superior. «¡Señor! —repliqué—. ¡Si era mujer me ve de nuevo...!»». «No hay más remedio, capitán Carsey. El hijo del coronel Lavissee se ha comprometido a conseguir de su padre ciertas “facilidades” que importan mucho para nuestra operación...». Mi superior se calló unos momentos, cogió el informe que había sobre la mesa, y, después de mirarlo, añadió: «Aquí hay algo contradictorio: Tal como usted informó sobre el coronel Lavissee, se ven pocas esperanzas, más bien ninguna de que ese señor haya cambiado. Por otro lado, su hijo asegura todo lo contrario. Importa mucho averiguar quién tiene razón. El cargo del coronel Lavissee en el Estado Mayor francés es un punto clave en estos momentos. Si lo que su hijo asegura fuera cierto...». «Me temo que no —contesté—. A su hijo tal vez le ciegue el deseo de que su familia milite en el mismo bando, pero estoy convencido de que el coronel no se prestará siquiera a discutir con su hijo...».

Carsey dejó una pausa. A dos pasos de él permanecía la muchacha, alentando afanosamente. Sus preciosos ojos grises, abiertos desmesuradamente, buscaban los del británico, ansiosos por averiguar la conclusión de aquellos exasperantes rodeos.

—¡Siga! —le instó ella, con voz fosca.

—¿No lo adivina, señorita Lavissee? Me encuentro aquí para vigilar los informes que envíe su hermano. El afecto que siente por ustedes podía cegarle, y no ver la trampa que aquí se le pudiera tender...

El rostro de Danielle se puso lívido. Retrocedió unos pasos, en un impulso de cólera, y miró al inglés de arriba abajo. Sus finos labios acusaron un fuerte temblor. Errol presintió una réplica insultante, llena de desprecio hacia él. Hubiera querido oírla, para sentirse más seguro de que se hallaba en su «papel». Pero temió que la muchacha levantara demasiado la voz.

—Entiéndame, señorita. No me refiero a que ustedes directamente le empujen a traicionar a los suyos. Pero no olviden que todo no depende de ustedes... Hace unos instantes se encontraba en esta casa Von Schulgen. A él puede importarle poco que el joven capitán Lavissee figure como *traidor* ante sus compañeros. Von Schulgen cumpliría con su deber si, al enterarse de la misión de su hermano de usted, decidiese utilizarle para una estratagema... que en resumidas cuentas sólo resultaría amarga para los hijos de Francia...

—¿Y por el hecho de haberle acompañado usted, cree que eso se va a evitar? —inquirió ella, sarcástica.

—Existen, por lo menos, grandes probabilidades —repuso Errol, con desesperante tranquilidad—. Ninguno de los informes que salga de aquí tendrá valor, si no va avalado por mí...

—¡Qué escarnio! —exclamó Danielle, ahogando un grito.

—¿Por qué? Todo es en bien de su hermano...

Los ojos de Danielle se llenaron de fuego:

—¡Usted, pensando que mi hermano es un traidor!...

Casi no se percibían las palabras, por la pasión con que eran dichas.

—Yo no pienso nada, señorita Lavissee... Y si pienso algo, mis ideas no cuentan. Cumplí órdenes solamente... En la frontera hay unos miles de hombres, compatriotas de ustedes, dispuestos a sacrificar su vida por la recuperación de la patria. Aquí hay otros franceses dispuestos a oponerse. ¿Quién tiene razón? No está en mí averiguarlo. Mi deber, las órdenes que yo tengo son las de ayudar a los que están a punto de cruzar la frontera. Posiblemente tres cuartas partes de los que están aquí se sientan dispuestos a recibirles con los brazos abiertos... pero no pueden. El capitán Berry hace un rato expuso con cruda claridad, la verdadera situación. Yo la reconozco, *sin inmutarme*, señorita Lavissee. Tras de cada francés que aguarda en la frontera, hay un inglés. Tras de cada francés que espera aquí, hay un alemán. Ésa es la situación, a juicio del capitán Berry, y, si usted me aprieta mucho, también yo la veo así...

—¡Su cinismo es un escarnio para los que murieron en Dakar y para los que van a morir ahora! —estalló Danielle, con ronca voz, a punto de romper en sollozos.

Esto impresionó a Carsey. No era su propósito que su interpretación de malvado rozara lo más mínimo a los que habían caído y a los que estaban a punto de caer. Todo lo contrario.

—No es eso —arguyó, con voz grave—. Mis sentimientos en este caso no importan nada. Tengo bastante con atender a los de ustedes. Yo estoy aquí para encauzar a mi favor el afecto que usted pueda sentir por su hermano. Del capitán Lavissee *se sospecha*. No soy yo ahora quien opina; son sus mismos compatriotas...

—¡Usted miente! ¡Es un vil recurso que usted pretende explotar!...

—Cuando Jules despierte, trataremos de nuevo esta cuestión.

—¡Si fuera así... los de allá no merecerían el más mínimo sacrificio! ¡Mi hermano no engaña! ¡Por no saber disimular, se apartó de nosotros! ¡Fue más fuerte... y más sincero que yo!

Así fue, como un relámpago, con la misma explosión de belleza con que momentos antes apareció ante sus ojos, cómo surgió la revelación que desde tanto tiempo Errol había sentido latiendo soterrada. Jules había sido más fuerte y sincero que ella, al colocarse en el lado opuesto a aquél en que se hallaba su padre.

—Por una sola vez —dijo Carsey, haciendo esfuerzos por disimular su emoción— expondré una opinión muy particularmente mía: En ningún momento he creído que su hermano no fuese sincero. Quizá me han llegado a desconcertar sus reacciones apasionadas, pero era cuando aun no me había dado cuenta de que su temperamento era tan parecido al de usted, como los rasgos de su rostro... Bien, señorita Lavissee: Creo que las cosas se simplifican. Su hermano conoce el ambiente de desconfianza que ha dejado atrás. Yo mismo le he informado. Jules se encuentra en una situación difícil, no sólo por la grave herida que sufre en la pierna; está también la depresión a que se ve sometido por una lucha de afectos que él no puede resolver. Quiere a ustedes, y por ello sin darse cuenta sus pasos han adoptado una apariencia de zigzag...

Se calló, con la sensación de que afuera acababa de producirse un ruido. Hizo a Danielle un gesto significativo, y cautelosamente se aproximó a la puerta. Antes de que pusiera la mano en el pomo, la puerta se abrió lentamente.

—¡Qué es esto! ¿Por qué se ha levantado?

—¡Jules! —exclamó la joven, lanzándose hacia su hermano con

los brazos abiertos.

Jules permanecía agarrado al marco de la puerta, enormemente pálido, con alarmantes oscilaciones de su cuerpo, pronto a desplomarse. Antes de que su hermana llegara, Errol lo rodeó con sus poderosos brazos, y, sin dejar posibilidad a que el herido se resistiera, le hizo volver al lecho.

Danielle se encargó de encender la luz. Los postigos de la ventana estaban cerrados. Esta habitación, al igual que la otra, tenía una atmósfera sofocante, pero que resultaba más insoportable por el fuerte olor a botiquín.

Así que Errol vio a Jules acostado, dijo, dirigiéndose a la joven:

—Mírense de prisa, porque voy a apagar la luz... Esta ventana debe estar abierta, si no queremos que la atmósfera nos aturda más de lo que ya lo hacemos nosotros con nuestros disimulos...

Ella se había arrodillado a la cabecera del lecho y teniendo cogidas las febriles manos de Jules, le miraba a los ojos. Durante unos momentos los dos permanecieron así, callados, mirándose de hito en hito.

—¿Y papá? —bisbiseó el herido.

—¡Papá está bien, Jules! —se apresuró a responder ella.

—¿Me detesta mucho?

—¡Oh, no! ¿Por qué dices eso? ¡Papá le quiere demasiado!... ¡Papá *comprende*!...

Se calló, dando la impresión de que había dicho algo que no debía. Errol creyó que era el momento oportuno de apagar la luz, y lo hizo sin anunciarlo. Luego, procedió a abrir la ventana.

—Procuren bajar la voz —advirtió.

—Capitán Carsey —dijo bruscamente el herido—. Creo haber oído lo suficiente...

—¡Por favor, capitán Lavissee! —le interrumpió el británico—. ¡Baje más la voz! Susurrando podemos decirnos cuantas atrocidades se nos ocurran. Incluso la obscuridad dará ánimos a quien vacile...

No estaba totalmente a oscuras la habitación. La ventana abierta de par en par, dejaba paso a una vaga claridad. Plasmábase en el rectángulo un cielo henchido de estrellas, como un tapiz de Damasco a medio hacer, en el que las estrellas fuesen puntadas de plata preparadas para perfilar un fantástico dibujo...

—Creo adivinar su intención, capitán —replicó Lavissee, en voz

bajísima—. Quiere usted complicar a Danielle...

—¿Qué es lo que usted dice, Jules? —inquirió, rápido, el inglés —. ¡Complicar! He ahí la primera atrocidad... El que su hermana ayude a los Franceses Libres usted casi lo ha calificado de delito.

—Aquí lo es, usted no lo ignora. ¡Y si a Danielle le ocurriera algo, papá no podría soportarlo!...

—¿Le oye usted, señorita Lavissee? —preguntó, lentamente, Errol —. En esa lucha se encuentra su hermano... Creo que ya es hora de que usted le ayude, dejando de disimular, puesto que si no he entendido mal, usted siente desde un principio exactamente como él...

A esto siguió un largo y tenso silencio. En la obscuridad, aquellos tres seres se escrutaban con el recelo de quien espera engañosas fintas.

—Hágale saber que entre ustedes, no ha sido Jules el único en sentir así —empujó el británico.

—¡Eso no es verdad, Danielle! ¡Di que no es verdad!...

Ella no contestó. Aquel silencio, tan significativo, produjo en el herido dos reacciones totalmente opuestas: a la alegría de tener a su hermana como aliada, se opuso la amargura que ello significaría para su padre...

—¡Dime, Danielle! ¿Papá ha llegado a darse cuenta?...

—Sí —respondió, casi sólo con el aliento, la muchacha.

—¿Y qué efecto le ha producido? ¿Qué te ha dicho?...

Danielle se incorporó. Pareció que con ello se desprendía de una pesada carga. Dio, en silencio, unos cuantos pasos por la habitación y de pronto, con voz sorda que amenazaba con estallar en gritos, manifestó:

—¡Papá no dice nada!... ¡No dice nada, ni de nosotros ni de él mismo!... ¿Quieres saber en qué condiciones se encuentra papá ahora? ¿Quieres saberlo?...

Se había situado cerca de la ventana, y la pálida luz recortaba su hermosa figura, erguida, haciendo frente al dramático destino que les había tocado en suerte.

—¡Papá no es más que un preso!...

—¿Quéee?

Jules se había incorporado a medias, olvidándose de la herida. Ésta se hizo sentir, erizándose de agujas que le hicieron

estremecerse de dolor. Pero una mordedura aun más dolorosa atenazó al herido.

—¡Danielle! ¿Qué quieres decir? ¿Por qué está preso papá?

Lo preguntaba con viva ansiedad con tanta como el que muriendo de sed puede anhelar el agua. En su voz había algo ilusionado, henchido de esperanza... Su hermana se dio cuenta.

—¡No Jules! No imagines de papá lo que tú sabes muy bien que es incapaz de hacer... El entendía que su deber era cumplir las órdenes de sus superiores, y las cumplía fielmente... Aun lo haría como lo hizo en Dakar: llorando por dentro, pero sin vacilar al dar la orden de fuego. Sólo que aquí, papa se ha dado cuenta de algo que...

Se puso las manos en la cara, como para asfixiar los sollozos. Fue así, con el rostro cubierto como dijo:

—¡No somos más que instrumentos de los demás, Jules! Cuando papá se disponía a trabajar en la defensa de Siria, se encontró con que tenía que hacerlo obedeciendo órdenes de extranjeros. Papá no ha vacilado en manifestar su disgusto... Y eso ha sido todo. Durante algunos días apenas ha aparecido por casa. Estaba aquí unos minutos y se marchaba otra vez. Siempre venía acompañado de algún compañero de armas. Papá ha estado disimulando, alegando el mucho trabajo. Pero esta noche he sabido la verdad. Von Schulgen me la ha dicho. Lo han apartado del cargo... de momento. Von Schulgen sabe que papá es sincero y ha hecho gestiones en su favor. Ha conseguido que permanezca en casa, en calidad de detenido... Pero... ¡Jules! ¿Crees que papá podrá soportarlo?

Ahora había llanto en su voz. Y en este momento en que ella se quitaba las manos de la cara y volvía la cabeza en dirección a la ventana para enfrentarse con la noche, Errol vio el maravilloso óvalo enjorado de lágrimas.

Carsey se encontraba de pronto con que tenía que revistar sus planes, cambiarlos completamente. Aquella situación no era la que él tenía calculada. Sólo de una cosa se alegraba: de que ya no fuese necesario interpretar el papel de cínico.

—Creo que ahora me corresponde sincerarme con ustedes —empezó el británico—. Mi intención era aprovechar la comprometida situación de Jules para que usted, Danielle, me ayudara a conseguir informes fidedignos. Todos ellos tenían que

redundar en beneficio de los Franceses Libres y, por ende, de su hermano... Mi esperanza era que usted no consentiría que Jules pudiera ser tildado de traidor a los suyos. Ahora ya no es lo mismo...

—¿Qué pretende usted? —preguntó la joven, en tono hostil, y poniéndose en guardia—. Le anticipo que, a pesar de todo, mi padre no se prestará a ninguna maniobra...

—De eso estoy convencido. No entra en mis cálculos que él se preste a colaborar... Pero usted sí puede hacerlo. Y de manera decisiva. No podemos perder tiempo, señorita Lavisse...

—¿Qué es lo que yo puedo hacer? —inquirió ella, con forzada frialdad.

—Pulsar la opinión de los altos jefes. La situación de su padre es un buen pretexto para que usted se entreviste con ellos. Creo que es usted lo suficiente hábil para descubrir, haciendo comentarios amargos, el verdadero estado de ánimo de cada interlocutor... Ésa era exactamente la misión que tenía su hermano.

—¿Es eso cierto, Jules? —preguntó Danielle.

—Sí —contestó el herido.

—Pero ¿cómo ibas a conseguir tú eso?

—Pensaba utilizarte, sin que tú te dieras cuenta... A ti y a papá. Pensaba fingirme desertor... Eso era lo que más me atormentaba: el engañaros...

Se oyó una breve y apagada risa.

—¡Mi buen hermano! —exclamó la muchacha, acariciando la cabeza del herido—. ¿Y crees que nos hubieras engañado? Siempre has llevado la verdad en los ojos...

Cambió inmediatamente de actitud, y su voz adquirió el matiz sarcástico del principio:

—En ti no me extraña que apareciera esta infantil idea... Lo que sí me sorprende es que la aprobara tu «sagaz guardián»...

Errol recogió el guante. Por dejar las cosas en su punto y por terminar aquella escena que ya tenía una prolongación demasiado peligrosa. En cualquier momento podían advertir abajo que la joven no estaba. También podía suceder que Von Schulgen hubiese dejado observadores en torno a la casa, y el británico no se sentía seguro de que aquella conversación, en un momento apasionado, no hubiese trascendido...

—El «sagaz guardián» no pudo aprobarla, por la sencilla razón de que la desconocía —arguyó Carsey—. De conocerla, me hubiera reído, como acaba de hacer usted. Yo no ignoraba con qué «sagaz» hermana tenía que enfrentarse Jules... Por eso adopté la táctica que le he expuesto antes: jugar a cartas descubiertas. Así que, usted verá lo que hace. La realidad cruda, brutal, a estilo del capitán Berry, es ésta: el coronel Lavissee, apartado de su cargo, aislado por... *frío*, o insobornable, según quién opine; nuestro buen Jules, observado desde la frontera con recelo, desconfiando de que sus informaciones sean válidas... Yo, sabiendo de cuántos recursos dispone usted, proponiéndole una solución...

—Actuar.

—Exacto.

—En provecho de ustedes...

—¡En provecho del diablo! —estalló el británico, notando que su paciencia se agotaba—. ¿Será posible que me haya equivocado? En Dakar llegué a considerarla el tropiezo más peligroso que un agente podía tener en su carrera de disimulos... Si usted no sabe ver que están transcurriendo los minutos decisivos en que existe una posibilidad de dar una réplica adecuada a la injusticia cometida con su padre; en que puede quedar bien perfilada la lealtad de su hermano; y en que usted, Danielle, saliendo al fin de su egoísta posición, puede contribuir a que esta lucha sea menos cruenta... Si nada de eso ve usted, el ciego habré sido yo. Lo consideraré el mayor fracaso de mi vida.

Hubo un silencio, tras el cual Danielle, con voz fosca, henchida de rencor, manifestó:

—¡Si ese fracaso tuviera que amargar su vida, sería capaz de dejar que la fatalidad rodara sobre nosotros, sin hacer nada por evitarlo!

—¡Magnífico odio! —comentó el británico, sin ironía.

—Pero sé cuál es su temperamento, capitán Carsey. El que este fracaso significarían millares y millares de vidas sacrificadas, para usted no tendría más sentido que el de una jugada poco afortunada, e inmediatamente cogería otras cartas para procurarse el desquite... Está bien, «señor Spangler»: ganará usted...

—¿Se decide a actuar? —inquirió el británico, procurando ocultar su entusiasmo.

—¿Para cuándo quiere los informes?

—Para mañana por la noche... Los informes y un salvoconducto. Para desaparecer de aquí, pienso utilizar el ferrocarril... y tal vez decida vestir de soldado. Una vez más el capitán Berry tiene razón: Vestir de beduino es buscar lo incómodo y la imposibilidad de engañar a nadie...

—Y hasta el momento de partir, ¿dónde piensa usted permanecer?

—Aquí... si usted y las circunstancias me lo permiten.

—Yo, por lo menos, no se lo permito —replicó ella, glacial—. Mañana a primera hora, vendrán a buscarle... No renuncie aún a su indumentaria de beduino. No crea que le va tan mal...

Instantes después, Danielle se despedía de su hermano. Al inglés no le dijo nada, a pesar de que éste la acompañó hasta la puerta, para cerrar por dentro.

Al regreso, Carsey apagó la luz de la otra habitación, que desde el principio había permanecido encendida. Volvió a la habitación del herido, y en silencio, sin pronunciar palabra, procedió a prepararse el lecho de forma que pudiera permanecer en él medio incorporado.

Ya acomodado, desenfundó la pistola y la dejó a un lado, al alcance de la mano. Encendió un cigarrillo, y sin quitárselo de los labios, cruzando las manos por detrás de la cabeza, se quedó mirando hacia la ventana, donde pendía el tapiz de estrellas. Transcurrió un largo rato, sin que ninguno de los dos hombres pronunciara palabra. Uno y otro sabían que estaban despiertos. Jules veía el cigarrillo encendido, cuya brasa se avivaba de vez en cuando. Carsey, por su parte, oía a cada instante a Lavissee removerse en el lecho...

—Capitán Carsey —habló de pronto el francés—. Me gustaría saber... qué piensa usted de Danielle...

—Lo dije antes —respondió Errol, sin quitarse el cigarrillo de los labios ni cambiar de postura—. También a su debido tiempo, lo manifesté a mis superiores: Es el tropiezo más grave con que puede encontrarse un agente... obligado a disimular...

Y tras una pequeña pausa, agregó:

—Pero por fortuna, las cosas se están poniendo de forma que ya no es obligado que ella y yo nos comportemos como enemigos...

Confío en que olvidará los resquemores que tiene contra mí. No dispongo de coche, ni creo tenerlo un día... pero ya le procuraré una ocasión en que ella me deje en tierra. Le debo un desquite...

Y fue entonces cuando hasta ellos llegó un grito desesperado, algo que desgarró el tapiz maravilloso y convirtió la noche en un signo agorero.

El grito procedía de abajo, de las habitaciones situadas en el centro del edificio. Y era Danielle quien había gritado...

Carsey lanzóse hacia la puerta. Apenas abrir, percibió los pasos apresurados de alguien. Apareció Paul, demudado, convulso...

—¡Señor!...

No podía hablar, sacudido por fuertes temblores. Errol tuvo que cogerle de los brazos:

—¡Di! ¿Qué le ha ocurrido a la señorita?

—¡Baje usted, por favor! ¡Todo está cerrado y no hay peligro que le vean! ¡Baje usted!

—Pero ¿qué sucede?

—¡El señor... ha aparecido muerto, en su despacho!

Y esto apenas produjo efecto en Carsey. Como si lo esperara. Su primera y única idea fue que el coronel Lavissee, no pudiendo soportar la destitución y confinamiento, se había quitado la vida. Pero cuando momentos después Carsey entró en la biblioteca, su idea se desvaneció instantáneamente, como una bocanada de humo embestida por un golpazo de viento.

El coronel estaba doblado sobre la mesa escritorio. Y frente a él, enderezada, con los ojos abiertos e inmóviles, fijos en el muerto, Danielle.

En realidad, la muchacha no miraba al muerto. Lo que hacía era seguir la línea de un complicado dibujo que había en la empuñadura del cuchillo damasquino que el coronel Lavissee tenía clavado en la espalda...

CAPÍTULO IV

Antes de que amaneciera, Carsey y el hermano de Danielle ya se hallaban en un nuevo refugio. Esta vez, en una vieja calle de Damasco, llena de recodos y tapiadas galerías que sobresaliendo de las fachadas a modo de cobertizos, mellaban con manchas de sombra la bruñida lámina de luz extendida sobre el empedrado suelo.

El capitán médico, Alfred Berry, fue quien les procuró el nuevo asilo. Llamado por decisión de Errol, apenas este hubo entrado en el despacho y se percató de lo que ocurría, el capitán médico no tardó en aparecer. Acudió con la impresión de que la llamada Obedecía a impaciencia de los que cuidaban a Jules. Pero, cuando en silencio fue introducido en el despacho y se halló ante el sillón del coronel, la cara ancha, impertérrita del doctor Berry reflejó quizá por primera vez en su vida, una horrible mueca como signo de que la más profunda desolación se acababa de adueñar de él.

Danielle no se encontraba entonces en el despacho. En un movimiento instintivo, había ido a refugiarse en la habitación de su hermano. Errol, adivinando, no supo si debía detenerla. De todas formas, casi era preferible que Jules lo supiera desde el primer momento...

El médico se serenó enseguida. Se acercó al muerto, lo examinó en silencio, sin tocarlo, y luego miró a Carsey.

—¿No lo han tocado ustedes?

—No sé si Danielle lo habrá hecho en el primer momento —respondió el británico—. Desde que yo he entrado aquí, nadie se ha acercado a él...

Carsey señaló a un extremo de la biblioteca, donde se veía una ventana medio abierta.

—El asesino debió de salir por allí —añadió—. No he querido acercarme por no borrar las huellas.

—Ha hecho usted bien. Salgamos de aquí...

Ya fuera de la biblioteca, Berry se pasó una mano por la frente, hasta detenerla en la sien derecha, como si sus pensamientos, la persona a quien iban dirigidos, le empujase a un póstumo saludo militar. Con la yema de los dedos permaneció unos instantes presionando en la sien.

—¡Ha muerto un caballero! —dijo, mirando perplejo a un punto indefinido—. El hombre en cuya boca la palabra honor, no sonaba a hueco...

—¿Tiene idea de dónde viene el golpe? —preguntó Carsey.

—Sí... Y usted también.

—Yo no pienso en Von Schulgen —manifestó el británico.

—Ya lo sé. El golpe viene de alguien que se sentaba a la misma mesa de trabajo del coronel. Uno de sus compañeros, que jugaba a la carta del Eje y a la de ustedes. Eso el coronel no lo podía tolerar. Eso, como tampoco la intromisión extranjera... Tengo una referencia bastante sucinta de lo que ocurrió hace unos días en el departamento del Estado Mayor. Parece que el coronel, después de exponer su disgusto por la tutela a que estaban sometidos, dejó entrever que entre los presentes había alguien que jugaba con dos barajas. Naturalmente, esto produjo un gran efecto. Los jefes se miraron unos a otros, en silencio. Al fin alguien emplazó al coronel Lavissee a que dijera el nombre...

—¿Y lo dio?

—No. Se negó rotundamente. Quería evitar que su denuncia redundase en beneficio de Von Schulgen. Manifestó que esperaría hasta el momento en que se iniciara la invasión del país. Tal vez confiaba que entre tanto, el traidor volvería contra sí mismo su pistola... El coronel Lavissee tenía el defecto de no reconocer al *honor* más que un único y estricto significado...

Carsey recordó las palabras de Danielle, cuando Jules le preguntó si su padre se había dado cuenta de la forma de sentir de ella. La muchacha respondió afirmativamente. Y agregó, en torio profundamente dramático: «¡Papá no dice nada! ¡Ni de nosotros ni de él mismo!».

Imaginó el británico la dolorosa lucha que debió desarrollarse en

la conciencia del coronel, en aquellas últimas horas. Si sus propios hijos se habían inclinado a uno de los bandos, ¿qué razón le asistía para denunciar a otro? Tal vez por ello decidió callar el nombre, con la esperanza de que el sospechoso utilizaría la única salida honrada que le quedaba: desaparecer...

—Según Danielle, el coronel se hallaba en calidad de detenido —comentó Errol—. Y parece que Von Schulgen le ha ayudado...

—Von Schulgen no es tonto, pero con el coronel abrigó varias esperanzas. Con esa «protección» confiaba que el coronel hablaría...

Fueron a la habitación de Jules. Encontraron a los dos hermanos callados, con los ojos secos, en actitud abstraída. Ninguno de los dos pareció darse cuenta de que el británico y el capitán médico habían entrado.

—Jules —dijo Errol, al mismo tiempo que se inclinaba para coger del suelo el turbante—. Vamos a marcharnos... El doctor nos proporcionará un sitio más seguro.

—Sí, Jules —agrego Berry—. Debéis salir de aquí... Esto no lardará en estar invadido por curiosos de todas las condiciones. No creo que os convenga caer en manos de Von Schulgen, ni de los que se decían compañeros de tu padre. Sería darles el último triunfo.

El joven Lavis se siguió callado. Y poco a poco su mirada se concentró en el rostro del capitán médico. Se vio que al fin lo reconocía, y un brillo de lágrimas acudió a sus ojos.

—¡Ya todo está perdido, doctor Berry! —musitó torvamente.

—¡Nada de eso! —refutó el médico—. Quedan las mejores jugadas... He de manifestar que nunca me han interesado esta clase de juegos. La opinión que sobre ellos tengo, no es muy halagüeña. Pero... por algo muy especial...

Cambió repentinamente su timbre de voz. Pese a los esfuerzos que hacía por disimular, se le vio conmovido, pronto a caer en una actitud destemplada, insólita en él.

—Por una razón muy especial, quisiera yo también tomar parte en el juego. —Y mirando al británico—: Pongo a su disposición mis inocentes fulleras... Dígame si acepta.

Carsey se limitó a tenderle la mano. Se las estrecharon en silencio. En tanto, Danielle se había levantado del rincón en que se hallaba apartada, y, acercándose al lecho de su hermano, indicó:

—Jules: Haz lo que el doctor diga...

—Sí, Danielle...

Imponía la serenidad con que los dos jóvenes se comportaban. Sobre todo el sonido de su voz, apagada, fría, con sensación de salir de muy lejos...

Cuando todo estuvo dispuesto para la partida, los dos hermanos se abrazaron en silencio. Si en aquel momento alguno de los dos lloró, nadie se dio cuenta. Fue en la puertecita de hierro, por donde horas antes entraron Jules y Carsey. La luna había ya desaparecido, y la única bombilla eléctrica que se veía encendida se hallaba bastante lejos.

El plan era, siempre a través de zonas oscuras, meterse en uno de los viejos barrios árabes. El capitán Berry, que se sabía de memoria aquel laberinto de callejuelas, marcharía delante...

Cuando Carsey tendió la mano a Danielle, en despedida, lo hizo con la seguridad de que ella se haría la desentendida, o todo lo más, rozaría su mano con acentuada frialdad.

Fue una sorpresa. Errol sintió su mano fuertemente agarrada por las dos manos de Danielle. Unas manos vivas, llenas de calor...

—¡Capitán Carsey! —dijo, bajísimo, pero con inusitada firmeza—. ¡Vigile a mi hermano!... ¡Soy yo quien se lo pide ahora!

Errol no creyó necesario responder. En realidad, no supo qué contestar...

Momentos después, Carsey y Jules, envueltos en sus capas oscuras, se perdían en las negras y tortuosas callejuelas, siempre detrás del capitán Berry. Este se detenía de vez en cuando, para acortar la distancia, temiendo que se extraviaran. Por momentos aquella marcha se hacía más desesperante, por lo lenta. Cada vez se sentía Berry más preocupado, temiendo que Jules no pudiera resistir.

Al desembocar en una callejuela, el capitán médico se tropezó con una patrulla. Iba al mando de un sargento, a quien Berry reconoció enseguida, tan pronto aquél gritó:

—¿Quién va?

—¡Hola, sargento Corbeil!

Al mismo tiempo encendía un fósforo y lo aplicaba al cigarrillo que desde hacía rato llevaba en la boca.

—¡Capitán Berry! ¡A sus órdenes!

Tanto el sargento como los soldados se pusieron en posición de

firmes. El doctor cortó enseguida los formulismos con una chirigota. Las salidas del capitán médico eran célebres en toda la guarnición. Cualquier frase mordaz, algo que el mal humor del soldado hubiese producido contra el rigor del servicio o que caricaturizase a sus superiores, corría enseguida por toda la guarnición con la garantía de pertenecer al ingenio del doctor Berry...

Conversó unos momentos con el sargento. El doctor miraba de vez en cuando hacia atrás, sin dejar de hablar en voz alta. De repente se callaba, escuchando atento. Ningún rumor de pasos se oía. Envueltos en sus capas negras, se habrían arrinconado en cualquier portal...

En el sitio en que se hallaban, la patrulla podía enfilear tres callejuelas distintas. Y fue entonces cuando Berry, haciendo alarde de un humor que en aquellos momentos se hallaba muy lejos de sentir, se puso a referir una picante anécdota, en tanto colocado al lado del sargento, echaba a andar, seguido de la patrulla, que a cada momento prorrumpía en risas. Cuando le convino, puso fin a su historieta y se detuvo:

—A todo esto, me he desviado de mi camino... ¡Buenas noches, muchachos!

Retrocedió, y allá detrás quedó el rumor de risas y frases de afecto al campechano capitán médico.

Instantes después, Carsey y Jules seguían con paso lento la ruta que señalaba Berry. Aquel incidente, sin importancia a primera vista, acababa de producir dos favorables efectos: uno, que había permitido que Jules descansara; el otro, más trascendente, dio lugar a que el británico pudiera comprobar cuánta era la popularidad del capitán médico entre sus soldados. Y desde aquel momento, basta que llegaron a la casa, Carsey no dejó de rumiar ideas todas encaminadas al mismo objetivo.

No pensaba permanecer en Damasco más de veinticuatro horas. Con ese tiempo bastaba para adquirir la información precisa. Danielle, se encargaría de pulsar a los altos jefes. La suerte que acababa de correr su padre le permitiría expresar opiniones que en otras circunstancias tal vez sonasen a intempestivas. En cuanto a la tropa, el capitán Berry se encargaría de ella...

La celosía le permitía observar sin ser visto. Durante la mañana apenas se apartó de allí un instante, aguantando las bocanadas de fuego que venían de la calle.

Era el atardecer, y el hierro de la reja todavía ardía. Carsey seguía mirando hacia el final de la calle, por donde esperaba ver aparecer al tan anhelado enlace. Ignoraba en qué forma aparecería. Lo mismo podía ser uno de tantos vendedores ambulantes, de paso cansino y soñoliento pregón, que durante el día habían cruzado la callejuela, como alguna de aquellas viejas de aspecto de bruja; o tal vez uno de tantos chiquillos que durante horas y horas, bajo el despiadado sol, habían estado jugando frente a la casa.

Pero pronto el día empezaría a declinar sin que todavía hubiese aparecido nadie. Carsey seguía mirando a través de la celosía. Temía volverse. Sabía que el joven Lavissee, tendido en un jergón de paja, le miraba desde su rincón, tenazmente. Le consumía la fiebre y el ansia por salir de aquella situación. En unas horas su rostro había enflaquecido de manera impresionante. Los labios, hinchados y resecos, permanecían pegados, y sólo de vez en cuando dejaban escapar un angustioso resuello.

En todas aquellas horas, apenas pronunció unas palabras. Se limitaba a interrogar con su febril mirada... Pero en todo el día Carsey sólo tuvo una manera de contestar a aquella muda pregunta:

—Nadie todavía...

En todo el día, nadie. Nadie llamaba allí, ni en las habitaciones contiguas a la que ellos ocupaban parecía haber nadie. Desde el primer momento tenían sobre un taburete un poco de comida, elementos de cura y un jarro de agua. El doctor Berry cerró la puerta al despedirse, y ya nadie más había vuelto a abrirla. Tampoco se percibió en la casa el más leve rumor...

¿Qué había ocurrido durante aquellas horas en la casa del coronel Lavissee? Era seguro que la noticia de su muerte había trascendido a toda la guarnición. El británico imaginaba la casa del difundo invadida por los compañeros de armas; todos con aspecto condolido; todos jurando vengar aquel asesinato... A aquellas horas Von Schulgen ya habría desplegado todos sus tentáculos, y a buen seguro que ya sabría de dónde partía el golpe, y si le convenía o no proseguir la investigación.

¿Qué habría hecho, en tanto, Danielle? Carsey la imaginaba

vestida de negro, más esbelta que nunca, con el rostro pálido y un brillo inusitado en sus ojos grises. En una de las habitaciones más apartadas, recibiendo la visita de condolencia de destacados personajes... ¿Cómo les miraba Danielle? ¿Qué les decía?

Por instantes el británico tenía más confianza en ella. Aquella amarga situación constituía el corte decisivo de todas las amarras que habían estado sujetando su personalidad. Ahora, al deseo de venganza se unía la satisfacción de cumplir con sus sentimientos, tanto tiempo contenidos.

Carsey dejó de mirar a la calle. Ya le era odiosa. Conocía, uno por uno, el contorno de cada portal, las desconchaduras de las paredes, las piedras salientes del suelo... Y se encontró con que, sin proponérselo, se hallaba mirando a Jules. Esta vez el francés preguntó con palabras:

—¿Nada aun?

—Nada...

Errol se dio cuenta de que su respuesta, el tono con que la pronunció, lo mismo que su semblante, reflejaban demasiado su inquietud. Pero no quiso disimular.

—No estaría de más que ya hubiesen mandado recado, aunque sólo fuera para decirnos que no había novedad...

Jules no contestó. Entornó los ojos, como si fuera a sumirse en uno de tantos amodorramientos como había sufrido aquel día. Errol permaneció unos momentos observándole en silencio.

—¿No necesita nada, Lavisse?

El herido movió la cabeza levemente, en sentido negativo. El británico sacó un cigarrillo y lo encendió. Empezó a pasearse por la reducida habitación.

Terminó el cigarrillo y aun siguió paseando, procurando pisar suave, apartado lo más posible del sitio en que estaba Jules. Cuando se dio cuenta, la habitación se hallaba tan oscura, que sólo el instinto guiaba sus pasos.

Se acercó a la celosía. La calle se hallaba en penumbra y en total silencio. Ya no se percibían los arcos de los portales, y todo se confundía en un informe borrón.

Aunque nada veía, siguió en esa actitud de mirar a la calle durante un buen rato, hasta que la noche hubo cuajado. Más que el ruido, fue el instinto quien se lo advirtió. La puerta de la habitación

acababa de abrirse.

Errol se volvió, en el mismo momento en que una potente lámpara automática volcaba un haz de luz sobre su rostro.

—¡Levante las manos, capitán Carsey! —conminó una voz algo gangosa.

En la penumbra que dejaba la lámpara. Errol vio cerca de la puerta a un grupo de soldados. El que llevaba la luz se había separado de los demás, adelantándose hacia el británico. Era un oficial francés. Con su mano izquierda sostenía la lámpara, y con la otra una pistola.

El cono de luz subió y bajó por dos veces, recorriendo de cabeza a pies al británico, como si con ello le cacheara. Luego enfocó el jergón donde yacía el herido.

—Dentro de unos momentos vendrá una ambulancia a recogerle, capitán Lavissee —dijo el oficial recién llegado, en un tono que no era cordial, ni tampoco severo. Y volviéndose rápido al británico, la voz gangosa, ahora definitivamente autoritaria, añadió—: Usted, haga el favor de venir con nosotros...

Todo había ocurrido tan rápido e inesperado, que por pronto que Carsey fue a entrar en situación, ya no había remedio. Una torbellino de ideas sombrías aturdió su mente. Algo había tallado. ¿Acaso Danielle, en un momento de exasperación, había dicho algo que no debía? ¿O tal vez los subalternos de Von Schulgen conocían todos sus pasos, desde que entraron en Damasco, o quizá desde mucho antes?...

Nada podía hacer. Dos soldados, con sus fusiles, acababan de colocarse a sus espaldas. Uno de ellos se disponía a cachearle.

—No —atajó el oficial—. Yo lo haré.

Pasó la lámpara a uno de sus subordinados, se guardó la pistola, y ya con las dos manos libres se acercó al británico. Su mano izquierda fue a posarse precisamente donde Carsey tenía el arma, bajo la amplia camisa árabe. La tanteó unos instantes. Luego su mano se deslizó hacia los hombros. Después volvió a tropezar con la pistola.

—Conforme... No lleva nada...

Errol miró con viva curiosidad al oficial. Pero éste le volvió la espalda enseguida.

—Capitán Lavissee: Se quedarán dos soldados custodiándole... La

ambulancia no tardará mucho... ¿Vamos, capitán Carsey?

En la multitud de ideas que asaltaban la mente del británico, una solamente pintaba clara: que Jules y él iban a separarse, tal vez para siempre. Todavía no se atrevía a hacer conjeturas acerca de lo que estaba ocurriendo. Había indicios para suponer que aquello era una estratagema para sacarlo de allí. Pero ¿por qué empleando aquellos medios? ¿Qué sucedía?

—Si me permite... Quisiera despedirme de mi compañero...

—Hágalo, pero rápido —autorizó el oficial—. Y hablen alto.

—No es necesario... Me basta con que el capitán Lavissee me de a estrechar su mano...

Y de esta forma, simplemente con mantener unos segundos sus manos cogidas, sin que ninguno de los dos dijera nada, se despidieron. Los dos estaban convencidos de que, cuando volvieran a encontrarse, si es que esto llegaba a suceder alguna vez, cosas de mucha trascendencia habrían ocurrido...

Errol se disponía a salir, destocado y sin la capa negra, cuando el oficial le advirtió:

—Recoja *sus ropas*... Cada cual debe llevar su equipo...

Lo dijo en un tono de burla tan señalado, que algunos soldados se consideraron en el deber de celebrar la broma. Errol recogió en silencio el turbante y la capa, y, tras dirigir una última mirada a Jules, se dispuso a salir.

Instantes después, de nuevo convertido en beduino, marchaba a través de las tortuosas callejuelas, custodiado por cuatro soldados. El oficial iba unos cuantos pasos delante...

El británico no acertaba a ver con claridad aquella inesperada situación. Era bien evidente que el oficial, al cachearle, lo hizo con el propósito de transmitirle una consigna. Por dos veces tocó el arma, incluso presionó sobre ella para dar a entender a Errol que se daba cuenta que la tenía. Pero ningún otro indicio favorable había captado. ¿Qué significaba aquel silencio?

Tal vez el oficial no podía fiarse de sus subordinados. Quizá entre los soldados había alguno al servicio del contraespionaje...

Tremendas dudas aherrojaron al británico. Temía estar dejando pasar la ocasión propicia para escapar. ¿Era eso lo que el oficial había querido darle a entender, al dejarle el arma? Sí, cualquiera de aquellas calles, oscuras y solitarias, se prestaba a la fuga.

De pronto, tomó una decisión firme, que inmediatamente despejó todas las dudas: dejaría que los acontecimientos siguieran su curso, sin él hacer nada por torcerlos. Nada significaría poner a salvo su vida, si no sabía a dónde dirigirse, o salía de Damasco con las manos vacías...

De todas formas, aunque ahora cambiara de parecer, cualquier intento de Luida era ya imposible. Por momentos se hallaban más metidos en una zona avivada de patrullas. En algunas bocacalles, incluso, se veían pilas de sacos terreros, con alguna ametralladora emplazada y soldados echados bajo una lona.

De vez en cuando, al salir a alguna ancha calle, se sentían envueltos por el fragor de una caravana de camiones que cargados con material o tropa, pasaban junto a ellos, dejando una estela de polvo y de alarma.

Las más sombrías ideas entenebrecieron la mente del británico. Todo aquel trajín era demasiado significativo para hacerse ilusiones. La guarnición de Damasco se hallaba agitada por algo que seguramente había ocurrido en las últimas horas. ¿Tal vez los aliados habían iniciado la ofensiva?

Llegaron a las afueras de la ciudad. Allí el movimiento era aún mayor. Potentes faros iluminaban anchas zonas donde se veía una multitud de soldados cavando trincheras. No cesaba el ir y venir de vehículos, el desfile de columnas de soldados perdiéndose en los campos sembrados que rodeaban la ciudad. Todos parecían moverse bajo el influjo de una pesadilla, de órdenes febriles dadas a modo de latigazos en lo mejor del sueño.

El grupo que custodiaba a Errol anduvo poco por la carretera. El oficial, como si no se fiara, se había colocado al lado del británico, y tan pronto atravesaron un pequeño puente, se internaron por una senda que cruzaba la carretera. Al poco se detenían ante una casa, de techo plano y ventanas reducidísimas. En la plazoleta que había ante el edificio se veían algunos vehículos. En un extremo de la plazoleta se oían a unos soldados hablando a voces.

Tan pronto se hallaron ante la casa, el oficial cogió de un brazo a Carsey, y, dirigiéndose a sus subordinados, les ordenó:

—¡Quédense aquí!

Los soldados obedecieron. El oficial francés y el «beduino» entraron en la casa. Al cruzar el portal, dos centinelas se pusieron

firmes...

Minutos después, el oficial francés salía de la casa. Venía solo. Tan pronto llegó a donde le aguardaban sus soldados, dio la orden de marcha, y emprendieron el regreso por el mismo camino.

Casi en el mismo instante en que el oficial francés iniciaba el regreso a la ciudad, en una de las habitaciones más apartadas de la casa, el capitán Berry, sentado frente a una mesa repleta de instrumental quirúrgico, decía:

—Unos minutos más, y la puerta hubiera quedado cerrada. Éste es el momento oportuno para que salga usted, capitán Carsey. Las primeras órdenes han formado una especie de caos. Márchese antes de que las aguas se seren. Von Schulgen va tras de usted. Nos hemos anticipado a detenerle...

—Pero si me marchó, ustedes... —insinuó el británico, quien cada vez veía aquello más confuso.

—No se preocupe por nosotros. Lo que importaba era sacar a usted del casco de la población. Ahí fuera hay unos vehículos cargados con material sanitario que se dirigen a un sector fronterizo. Se esconderá usted en uno de los coches, y viajará en él hasta momentos antes de que rompa el día. En el momento oportuno el coche se detendrá, y usted no tendrá más que apearse y, sin mirar atrás, desaparecer...

—¿Qué suerte va a correr Jules?

Los ojos pequeños y vivos del doctor Berry miraron con desasosiego a su alrededor.

—El pobre Jules va a tener que enfrentarse con muy malos ratos... ¿Sabe qué ha planeado Danielle? Encauzar todas las sospechas sobre su hermano...

—¿De qué? —saltó el británico—. ¿De haber matado a su padre?

—Sí.

—¡Eso es absurdo!

—Si oyera a Danielle, la fuerza de convicción que se desprende de sus palabras, de su manera de decirlas, no le parecería tan inverosímil...

—Pero ¿qué pretende con ello?

—Crear la confusión. Ganar tiempo... Califica a su hermano de víctima de los aliados, y ello le ha permitido emitir contra ustedes críticas tan descarnadas, que yo no vacilaría en hacer más... Lo

cierto es que ello ha permitido a Danielle el poder hablar con determinados personajes que en otras circunstancias se hubieran puesto en guardia y que ahora, si no se han confiado, por lo menos se han dejado abordar...

—¿Han conseguido algo interesante?

—Yo, muy poco. Todo lo mejor pertenece a Danielle. Ahora le hablaré de ello. Hace rato que los coches debían haber salido. Por bien de todos conviene que usted llegue a su destino... Espero que usted no olvidará que esos dos hermanos quedan aquí entregados a un juego amargo y peligroso. En el último momento, si la cosa se pone muy mal, contamos con que Jules declare contra usted, como causante de la muerte del coronel Lavissee... Mientras veremos si el verdadero culpable se mete en la trampa. Va a ser un juego apasionante en el que yo quisiera no tener tantos afectos para gozar a mi gusto...

La imagen de Danielle no se apartaba de la imaginación del británico. Su arrolladora belleza, su fuerte espíritu iban a desplegar todo su poder para introducirse en aquella selva de disimulos e intenciones torcidas. Una labor más difícil que la que pudiera tener Von Schulgen. Éste sólo tenía que luchar contra los que no pareciesen muy adictos a su bando. Danielle, en cambio, tenía que distinguir al soldado que, como su padre, cumplía honradamente órdenes de sus superiores, y al reservón que esperaba el último momento para inclinarse a la carta que ganaba.

Era sin duda entre estos donde estaba el que impulsó el brazo que dio muerte al coronel Lavissee.

—Un apasionante juego, capitán Carsey... Pero vamos a tratar de los informes. Se va usted a llevar una carga bastante deprimente, capitán. Y quiera Dios que llegue usted con ella a su destino. La impresión que Danielle y yo tenemos es que, si el ataque se realiza con poca fuerza...

CAPÍTULO V

El capitán Errol Carsey informó en el Cuartel General aliado cuando todavía faltaban unas horas para que se iniciara la ofensiva. Lo esencial de su informe fue lo siguiente: las fuerzas de Vichy darían un disgusto a los atacantes si descubrían que éstos eran débiles.

Por desgracia, el ejército formado para la invasión de Siria no era muy potente. Eran varios los puntos que tenían que taponar. En esos momentos terminaba la batalla de Creta, con un balance de pérdidas en material y hombres muy costoso para los aliados.

En el desierto occidental, Rommel presionaba, apuntando a El Cairo.

—Correremos la suerte, capitán Carsey —respondió su superior, así que Errol hubo terminado su informe—. De momento, no podemos echar mano de otras fuerzas... Además, tener en suspenso la ofensiva, sería contraproducente en todos conceptos. El criterio del Gabinete de Guerra es que, si los alemanes pueden hacerse con Siria e Irak sin más medios que un número reducido de fuerzas aéreas, «turistas» y rebeliones locales, nosotros también debemos correr esos riesgos... Y vamos a hacerlo.

Al día siguiente, 8 de junio, empezaba el avance.

Como preliminar a la ocupación de todo el país el ejército aliado tenía tres puntos asignados: la captura de Damasco, Rayak y Beirut.

Errol Carsey, pese a todos los esfuerzos que hizo por tomar parte en la acción contra Damasco, no fue autorizado. Esta operación fue asignada exclusivamente a los Franceses Libres.

Fuerzas australianas avanzaban por la carretera de la costa en dirección a Beirut, donde dos destructores y tres submarinos de Vichy estaban fondeados.

Se encontró poca oposición al principio. Al día siguiente de la

ofensiva, en el mar hubo un breve encuentro, en el que resultó gravemente alcanzado un destructor británico.

Durante aquellos dos días, Carsey permaneció en la más desesperante inactividad. En vano abordaba a sus jefes pidiéndoles un puesto en la lucha.

—Pero ¿qué le ocurre, capitán? Descanse usted ahora —era la respuesta.

Transcurrían las horas, y los partes iban llegando al puesto de mando, dando cada uno su aldabonazo. Errol no tenía más que observar los rostros de sus jefes para darse cuenta de lo que ocurría.

Y de pronto, fue llamado a presencia del jefe del Servicio de Información:

—Por desgracia, sus informes han resultado exactos, capitán Carsey... El enemigo se ha dado cuenta de nuestra debilidad, y se ha envalentonado...

—¿Algo desagradable, señor? —balbució Errol.

—Las fuerzas francesas han sido contenidas a diez millas de Damasco —declaró el jefe, con gesto adusto—. Y un batallón británico acaba de ser aplastado por dos batallones de tanques enemigos...

Empezó a pasearse nerviosamente por la habitación. Sus ojos miraban tenaces a un punto indefinido:

—¡No podemos fracasar aquí también, como nos acaba de ocurrir en Creta! —exclamó, tras un breve silencio—. Los alemanes se bastan con un puñado de hombres para realizar cualquier proeza... ¿Por qué a nosotros nos resulta todo tan difícil? Los de Vichy se nos atrevieron en Dakar, y ahora se disponen a hacernos morder el polvo. Puede que sea cierto que los alemanes han tomado la dirección, pero no creo que se deba a ello solo. Lo que ocurre es, sencillamente, que nuestro prestigio se halla por los suelos. Creíamos que presentarían una resistencia simbólica, por el honor de sus armas. Pero no. Están combatiéndonos con todo vigor...

Explicó los últimos parles. No era sólo que hubiesen aniquilado al batallón inglés, ni que hubieran detenido a los seis batallones de Franceses Libres, con su compañía de tanques, casi a las puertas de Damasco. Ahora el enemigo había irrumpido en un contramovimiento alrededor del flanco oriental y amenazaba con dejarlos aislados.

—¿Sabe qué parece que estamos haciendo? —Siguió el jefe cada vez más sarcástico—. Que prestemos nuestra espalda para que el vacilante Gobierno de Vichy tome un asiento firme ante el Eje... Sí, eso es lo que ocurre: les estamos prestando un magnífico servicio. Sin nosotros, sus armas enmohecerían y el Eje acabaría por no tenerles en cuenta...

Volvió a situarse ante la mesa, llena de papeles. Cogió un rollo de papel grueso y antes de extenderlo, se quedó mirando a Errol.

—En estas últimas horas se ha mostrado usted muy interesado en intervenir...

—Comprenda, señor: En Dakar me cupo la suerte de permanecer en la trastienda de la lucha; ahora en Siria, me está ocurriendo lo mismo...

—¿En Siria? —inquirió el jefe, clavando sus ojos claros en los del capitán—. ¿O concretamente en Damasco?

Carsey soslayó la Mirada de su superior, fijándose en el rollo de papel que éste tenía en las manos, y no contestó.

—¿Tiene usted un interés especial por volver a Damasco?

—No lo niego, señor —respondió Carsey, sintiéndose súbitamente animado por algo que todavía no veía claro—. La necesidad de facilitar los informes me obligó a salir de la capital cuando una gran trama se empezaba a tejer. Me temo que se haya quedado allá lo más importante del servicio...

—¿En qué consiste?

—En desenmascarar a los que han estado jugando con nosotros y con los del Eje. Sería muy interesante observarlos ahora, en que seguramente dan por fracasada nuestra ofensiva...

A continuación refirió cómo el coronel Lavissee había sido asesinado. Esto impresionó al jefe de Información.

—Traté al coronel Lavissee en la primera guerra. ¡Un excelente camarada!...

Una profunda, atormentada arruga cruzó su frente:

—¡Qué cosa más absurda el Destino!... Hoy combatiéndonos como enemigos, cuando en realidad, unos y otros seguimos siendo los mismos de entonces...

Desenrolló el papel y lo extendió sobre la mesa, colocando a los lados unas cuantas carpetas, para sujetarlo. Apareció un plano de los alrededores de Damasco, a gran escala, en el que figuraban las

más leves depresiones del terreno.

—Puesto que lo desea, le brindo una oportunidad para volver a Damasco. El Comando número

11 va

a ser desembarcado detrás de las líneas enemigas. Irá usted con ellos...

Al Comando número 11 le aguardaba una jornada trágica y gloriosa. Una cuarta parte de su fuerza iba a perecer en Damasco, pero su intervención sería decisiva para el resultado de la campaña...

—Desembarcará con ellos, pero usted deberá actuar independientemente —prosiguió el superior—. Sí, estoy conforme con usted en cuanto a que lo esencial de su misión ha quedado allá. Tenemos noticias de la defección de algunos personajes que hasta hace muy pocas horas se decían amigos nuestros... Procure conectar con los elementos que haya dejado allí. ¿Cree que le será difícil?

—¡Oh, no, señor! —Rechazó Errol. E inmediatamente, un gesto de amargo humor apareció en su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó el otro, dándose cuenta.

—¡Nada, señor!

Pensaba en cuál sería su situación si conseguía entrar en Damasco. El doctor Berry le había advertido que si las cosas se ponían muy mal para Jules, acusarían a Carsey de la muerte del coronel. Si le cogían, toda aquella farsa se vendría abajo... ¿O acaso los hermanos Lavissee sostendrían su acusación hasta el final? A Jules lo consideraba demasiado impresionable para que sostuviera hasta el último, extremo aquella falsedad. Pero con Danielle, era ya distinto. Dentro de su temperamento apasionado, había una frialdad inmovible. Durante meses pudo disimular sus más fuertes convicciones. En Dakar vio caer a millares de sus compatriotas, y ella permaneció impasible, sin que la sagacidad de Carsey pudiera sorprender un indicio de condolencia. Consideraba que su deber era mantenerse al lado de su padre, y lo cumplía, ciega a todo lo demás. Si ahora Carsey caía prisionero, y Danielle consideraba que aquella acusación debía mantenerse, para llegar a un fin propuesto, lo haría. Errol estaba seguro de que lo haría, sin vacilar. Después de todo, Carsey era un espía, en pleno campo de batalla. Nada podría salvarle. ¿Qué importaba que cargase con algo que no había

cometido, si con ello dejaba una puerta abierta a la venganza de Danielle? Después de todo, los pasos de ambos se encaminaban al mismo fin...

—¡Estoy a sus órdenes, señor! —dijo Errol, poniéndole firme.

—Entrevístese con el coronel Fedder... Quizá salgan esta noche... ¡Suerte, capitán!

Errol saludó y ya se hallaba en la puerta, cuando el superior le retuvo:

—¡Oiga!... Se me olvida decirle...

Sus manos buscaban presurosas entre el montón de papeles que había sobre la mesa.

—Sí. Aquí está... Un soldado de sanidad procedente de las filas enemigas, se ha pasado a nuestro bando. Nos ha facilitado algunos informes. El muchacho parece sincero... Pero entre las muchas cosas que ha dicho con bastante sentido, hay algo que todavía no he acertado a comprender. Ha dicho que el jefe de su unidad le mandó intencionadamente de servicio en las avanzadillas, para que se evadiera. El soldado lo deduce por una enigmática frase que le oyó decir, en el momento de partir: «Si en algún momento tiene ocasión de hablar con los británicos, pregunte por el capitán Carsey y dígame que las *cartas pintan demasiado mal*, para intervenir en la partida...». ¿Está esto claro para usted?

—¡Demasiado, señor! —respondió Errol, al tiempo que sonreía.

El jefe se le quedó mirando unos instantes en silencio, pensativo.

—No quiero ocultarle que esto es lo que me ha decidido a echar mano de usted... Su mismo interés por volver a Damasco me inducía a no utilizarle en ello. No querría que *otros motivos*, ajenos a su misión, le desviarán... ¿Usted me entiende?

—Desde luego, señor...

—Entonces, ¿qué cartas son esas que pintan mal?

—Se refieren exclusivamente a la misión que usted me acaba de encomendar, señor. Es necesario ganarse la confianza de determinados personajes, para quitarles la máscara en el momento oportuno. Para ello, alguien tiene que servir de conejillo de indias...

Se hizo un silencio. Eli vista de que Errol no continuaba, su superior le instó:

—¿Y cree usted que va a ser el conejillo?...

—Casi tengo la certeza —respondió, alegremente, Carsey—.

Pero no me pesa... Sospecho que va a ser un experimento curioso...

Y era verdad que se sentía contento. Y haría lo imposible por conseguir entrar en la ciudad, sólo por el placer de ver de nuevo los esplendorosos ojos grises de Danielle; su gesto de estupor cuando Errol se le apareciera delante, diciendo: «Quiero tomar parte en el juego: ¿Cuáles son mis cartas?»...

* * *

Hasta aquel sitio llegaba la rabia de las ametralladoras. Ya todo el Comando debía de hallarse en tierra, y embestía por la retaguardia. Los fogonazos reflejaban en lo alto un temblor lívido.

Carsey acababa de cruzar a nado un ancho río, y ahora, agazapado en un campo de regadío, cuya vegetación casi le cubría, desenrollaba el paquete donde llevaba el pequeño fusil ametrallador y las municiones. Una vez tuvo el arma lista, deshizo otro paquete del que extrajo un lío de ropa.

En unos segundos se quitó el buzo de paracaidista, empapado de agua, y procedió a enfilarse una amplia y blanca camisa; enseguida, comenzó a enrollarse a la cabeza una larga faja de tela, tapándose la frente desde las mismas cejas. Por debajo de la nuca salía una ancha tira que le tapaba la barbilla y, si quería, hasta la misma nariz. Sobre los hombros se colocó una capa negra...

—No será práctico, pero es lo más correcto —musitó, humorístico.

De día, tal vez fuese difícil engañar a los ojos experimentados. Pero de noche bien podía hacerlo. De todas formas, aquella indumentaria árabe era como una vestimenta neutral, en la que tanto los de un bando como los de otro podían refugiarse. No iba a pretender Carsey meterse en Damasco vistiendo uniforme británico. Y si utilizaba el de las fuerzas de Vichy, la cosa tenía sus inconvenientes. Uno de ellos el del piquete de ejecución...

El estruendo que se acababa de producir en las avanzadillas casi le perjudicaba. Todo el sector permanecería alerta. Hubiera sido mejor lanzarse solo, horas antes que los demás.

Se incorporó, sin miedo a que su figura destacase. Ya había tenido buen cuidado de subirse la capa de forma que el turbante blanco quedase cubierto. Se quedó mirando hacia la parte donde se

producían las llamaradas. Ya no se veían en el mismo sitio de momentos antes, sino que se corrían hacia su derecha, con tendencia a alejarse.

A corta distancia Errol divisaba sobre el fondo débilmente azul, la franja oscura que formaban los árboles situados a ambas orillas del río. Aquél era el punto de mira que debía seguir.

Aquella tarde había estado interrogando al soldado de sanidad pasado a las filas aliadas. Sí, fue el doctor Berry quien lo envió a las avanzadillas dándole un encargo que no parecía tener la menor importancia por el tono jocoso que empleó al hacérselo: «Si por casualidad se encuentra con los británicos...».

Gracias a los datos facilitados por el soldado.

Errol tenía cierta idea de dónde se encontraba la posta sanitaria regentada por Berry. Siempre que a última hora no le hubiesen destinado a otro sector.

Debía seguir la franja oscura que formaban los árboles en dirección de la corriente. Todo dependía de que no tuviese un tropiezo mucho antes de llegar al sitio. No le importaba tenerlo en las proximidades de la posta. Por el soldado tenía noticias de que el personal que rodeaba al capitán médico era de confianza.

A través del campo, a buen paso y rehuyendo la vegetación cuyo crujido le pudiese señalar, fue siguiendo la débil señal del río, alejándose cada vez más del sector en que aun persistía el estruendo.

Se halló de pronto ante un alud de hierro. Se encontraba a muy pocos metros de la carretera, y a no ser por el fragor de cadenas y el vibrar de los motores, se hubiera metido en la pista sin darse cuenta. Pasaba en esos momentos una hilera de tanques camino de las avanzadillas. Se recortaba apenas en la obscuridad su silueta achatada. Era un bronco y agorero desfile de bloques de granito, o ataúdes de acero, marchando impertérritos hacia su trágico destino. Errol pensó en la sorpresa que les aguardaba tan pronto rebasen la primera línea.

Siria iba a servir de campo de experimentación de una nueva arma: la bomba pegadiza. Podía ser arrojada desde una ventana, cuando la lucha se desarrollase en poblado, o desde cualquier pozo de tirador, en campo abierto. Era un explosivo muy concentrado, que se adhería al acero y cuando estallaba, causaba efectos

devastadores. Un proyectil ideado pala la defensa de las Islas Británicas, cuando éstas se revolvían bajo la angustia de una próxima invasión...

Esperó a que el torrente de hierro se alejase. Algunos tripulantes se hallaban asomados a la torreta, hablándose a voces de un tanque a otro. Entre el estruendo de piezas se oyó silbar una canción parisiense...

Pasó el bronco desfile. La noche, quieta, amenazadora, de un silencio en el que se advertían millares de espoletas prontas a entrar en acción, envolvió la campiña.

Carsey se dispuso a reanudar la marcha. Pero ya había dado unos pasos, cuando volvió a detenerse. Sin prisa, mirando con fría serenidad a un lado da la carretera, fue acuchillándose, procurando que la capa negra no dejara al descubierto ningún trozo de su vestimenta blanca.

Llegó primero el rumor de millares de pisadas. Luego fue concretándose una especie de muro que avanzaba por en medio de la carretera. Una columna de soldados, con el tintineo de armas y hebillas; el raspar de gruesas suelas: una sensación de río lanzándose por un rápido... Nadie hablaba. Y a no ser por el ruido que producían en su marcha. Carsey les hubiera considerado una columna de muertos. O lo que era lo mismo: un Comando, avanzando con sigilo hacia la trágica sorpresa, cada hombre llevando en su mochila a la muerte...

Un rato después, ya todo de nuevo en silencio, Carsey se incorporó. Cruzó la carretera, casi queriendo permanecer sordo y ciego a un nuevo peligro. Tenía la sensación de que había transcurrido un tiempo enorme, el necesario para que él pudiera llegar al sitio...

Avanzaba a toda prisa y algunas veces la capa se le abría, enganchándosele en las matas. De pronto, a su derecha, sonó una voz. Y casi al mismo tiempo, un disparo.

Oyó la bala en torno suyo. Y Errol en aquel momento no pensó en el peligro que corría, pues toda su atención estaba concentrada en evitar que, al agacharse, la capa quedara algo abierta y dejara entrever la blanca túnica.

Al disparo siguió un macizo silencio. Tan completo, que Carsey bien podía considerarlo una ilusión de sus sentidos. Pero al poco se

dio cuenta de que algo se acercaba con sigilo por sus espaldas. No tuvo más que girar un poco el tronco, y la metralleta, apoyada en la cadera derecha, empezó a rugir, bajo la capa negra.

Crujió la vegetación al peso de un cuerpo que se desploma, produciendo en el suelo un choque sordo. Se oyeron unas palabras a medio pronunciar y enseguida un largo gemido...

Tan pronto hubo disparado, el británico procuró cambiar de sitio, pegándose lo más posible a tierra. Esperó unos instantes, y el azote de balas que estaba aguardando no surgió. Miraba a su alrededor con el arma lista, dispuesta a replicar tan pronto surgiese el fogonazo.

Pero ningún otro desgarrón volvió a producirse en la obscuridad. No había más agujeros que los de las estrellas, en la noche alta...

Ni más roturas del silencio que los que producían los gemidos del hombre que Carsey acababa de derribar. Seguían las frases entrecortadas. El británico escuchó atento. Hablaba en francés...

Levantó un poco la cabeza. Nada percibió. Nada, únicamente aquellos gemidos y vocablos a medio pronunciar que hacían su soledad más trágica...

Pero como una rotunda réplica a esta idea de soledad y silencio, allá en la lejanía surgió de pronto una tromba de luego. Era un fragor de armas, todas rompiendo a rugir a la vez. Algo así como si presionando sobre un resorte todas las compuertas se hubieran levantado dejando paso a una colosal riada de metralla...

Carsey pensó en el Comando atacando la línea por la retaguardia. Y en las fuerzas australianas, que a toda prisa habían sido desplazadas a la zona de Damasco, donde tan apurados se encontraban los Franceses Libres...

El fragor de los fusiles y las ametralladoras quedaba casi ahogado por el imponente retumbar de los cañones. Un relampagueo de verano presionaba en el horizonte, queriendo precipitar la aurora. Algunos proyectiles de cañón siseaban altos, buscando la ciudad...

Este estruendo pareció aumentar el dolor del hombre caído a unos cuantos pasos de donde estaba Carsey. Ya no articulaba con tanta dificultad. Errol percibía frases completas, tal vez algo absurdas. Parecía en unos momentos aludir al desierto, a su

monotonía, a su sed. Y de pronto, París. Y a continuación, un nombre de mujer... En seguida, otra vez algo que recordaba la arena ardiente, y los pies llagados...

¿Cómo nadie acudía a socorrerle? ¿Le habían abandonado sus compañeros o permanecían al acecho? Tal vez estuviese solo. Era muy posible que se tratase de un enlace...

Carsey, casi sin pensarlo, empezó a arrastrarse, orientándose por los sonidos que emitía el otro. Lo encontró medio incorporado, encarado a él. Un rostro blanco, en el que destacaban dos ojos espantados...

—¡No!...

Fue un rugido y al mismo tiempo una súplica. Se estremeció, despavorido, creyendo que Carsey iba a rematarle.

—No tema. Quiero ayudarle...

Le pasó una mano por la espalda. Pronto la sintió empapada de sangre.

—¿Hay alguna posta sanitaria cerca? —preguntó el británico.

Y no había en él segunda intención al hacer esta pregunta. De buena fe quería ayudarle, dejarle próximo a un puesto de socorro.

—¡Sí!... ¡Muy cerca!... —respondió, débilmente, el herido.

Fue solo en el momento de oír la respuesta cuando pensó en su situación.

—¿No se halla por aquí el puesto del capitán Berry?

—Sí... Lo están trasladando... más a la retaguardia...

Las llamaradas que se producían en el horizonte parecieron introducirse en la mente de Errol. De pronto tuvo la convicción de que la suerte se le volvía de cara.

—Voy a trasladarle allí... Debió darme el alto antes de disparar. Todo esto se hubiera evitado. Le ayudaré, pero prométame...

En la obscuridad los ojos del herido fulgían:

—¿Quién es usted?

—Un amigo, que lamenta su situación... Vamos a ver si puede mantenerse en pie... No se preocupe de quién soy. Lo que interesa es llegar a la posta... ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Se habían levantado, y Errol, sin soltar al herido, había recogido el fusil abandonado y se lo había enfilado al hombro. El arma del británico seguía oculta debajo de la capa...

El herido, tras observar unos momentos, apuntó en una

dirección.

—Hacia allí...

—¿Podrá resistir? ¿No estará muy lejos?

—No. Estamos cerca...

Echaron a andar en dirección distinta a la que llevaba Carsey. Esto no le sorprendió mucho. Estaba casi seguro de que se había desviado. Desde que cruzó la carretera tenía el recelo de que no se hallaba en el buen camino. De aquella carretera nada le dijo el soldado que le informó...

Cada vez era más imponente el estruendo de la batalla. Y siempre que se producía algún estampido de cañón, el herido se bamboleaba, como si la presión de la atmósfera repercutiera en él en forma de coletazos.

Otra vez se hallaban cerca de la carretera. Lo advirtieron sin verla. Les bastaba el rumor de vehículos y la temblorosa franja de luz, muy débil, que trazaban los coches con su único faro encendido...

Faltando unos pasos para llegar a la carretera, el herido sufrió un desmayo. Errol lo sostuvo fuertemente, para que no se desplomase. Con mucho cuidado la recostó contra un ribazo, y miró hacia la pista. La mayor parte de los vehículos pasaban en dirección a la línea de fuego. Camiones en su mayoría. Alguna vez, en dirección a la ciudad, pasaba algún coche de turismo. La barra de luz amarilla de su único faro encendido apenas si conseguía proyectar un charco tembloroso a unos dos metros del radiador. Carsey temía que de pronto un faro los enfocase con toda su potencia...

En la obscuridad comenzó a concretarse un bloque blanco, que avanzaba a mayor velocidad que los otros vehículos. Lo reconoció enseguida. Era una ambulancia... ¿Qué hacía? ¿Se lanzaba a la carretera a detenerla?

Comprendió enseguida que de nada iba a servir aquel gesto. Si como era de suponer la ambulancia procedía de la primera línea, vendría atestada de heridos...

Y no obstante saltó a la carretera. Se colocó por donde venía la mancha amarilla y abriendo su capa negra, procurando que el fusil ametrallador quedara oculto, empezó a agitar los brazos. Se había inclinado el turbante sobre las cejas y la cinta que arrancaba de la

nuca le tapaba media cara.

Tuvo que dar un salto a un lado, porque el coche se le echaba encima. No obstante, la ambulancia dio un frenazo. Por la ventanilla asomó una cabeza:

—¿Qué sucede?

Errol extendió un brazo, señalando al ribazo. Una lámpara automática apuntó hacia allí. En seguida se apagó.

—¿Para qué diablos nos detienes? ¿No podías dar dos pasos más?...

El coche arrancó, al tiempo que el conductor gritaba:

—¡Ahora mandaremos por él!...

Fue en el momento en que partió la ambulancia cuando Carsey se dio cuenta de que a muy corta distancia la carretera tenía un desvío, por el que resbalaban algunas luces delante de moles blancas. Y un poco más lejos destacaba entre una red de ramas, una agrupación de puntos luminosos, pero inmóviles... ¿Tal vez la posta sanitaria?

Errol no lo pensó más. Se inclinó sobre el herido, y cargándoselo sobre un hombro, echó a andar...

Procuró apartarse lo más posible de la carretera. A mitad de una pendiente, se detuvo, agotado. Suavemente dejó su carga en el suelo. Entonces vio que el herido despertaba...

Tras un largo silencio, el herido cogió de una mano a Errol e intentó incorporarse.

—Puedo andar...

Consiguieron salir a la pequeña pista que conducía a la agrupación de luces.

—¿No es la posta del capitán Berry? —preguntó el británico.

El soldado asintió. Al mismo tiempo notaba que el brazo que le sostenía acusaba un fuerte estremecimiento. En realidad, Carsey apenas pudo contenerse de gritar...

Miró Lacia el horizonte donde proseguía el feroz relampagueo, y notó que aquello ya había perdido para él su aire trágico. Una sorprendente vitalidad acababa de manifestársele.

Miró hacia las luces del puesto de socorro, calculando lo que debía hacer. Dejaría al herido antes de entrar en la zona iluminada. En seguida, estudiaría la forma de llegar cuanto antes a presencia del capitán Berry...

Aquella madrugada, cuando el doctor Berry hubo intervenido al último herido, se dirigió a su habitación para beberse unas cuantas copas de coñac y cambiarse de ropa. Era la última intervención que hacía en aquel sitio. La posta se trasladaba más cerca de la ciudad. En el frente se acababan de abrir unas brechas, y las líneas retrocedían.

El personal de la unidad ya había empaquetado sus cosas, cuando su jefe les sorprendió con la orden de que trasladaran a la habitación que había servido de quirófano, material de cura. Quedaba un herido por atender.

El capitán Berry eligió a un solo hombre para que le ayudara en la cura. Los demás podían proseguir en los preparativos de marcha.

Un rato después salía el capitán, con un cigarrillo en los labios, y señalando a sus subalternos el sitio que había servido de quirófano, ordenó:

—Trasladen el herido a la ambulancia... ¡Con mucho cuidado!

La palidez del naciente día hizo todavía más impresionante la mueca que apareció en el rostro del doctor. A los pocos instantes, dos soldados metían con mucha precaución una camilla en la ambulancia. Al hacerlo, miraron una vez más al rostro del herido, aun sabiendo que aquella curiosidad era inútil, puesto que tenía la cara cubierta de vendas...

El capitán se cercioró de que la ambulancia quedaba bien cerrada. Luego, dio unas últimas chupadas al cigarrillo, lo tiró, y se dirigió a la cabina, donde le aguardaban con la portezuela abierta.

—¡En marcha! —dijo, apenas se hubo sentado al lado del conductor.

El golpe que dio al cerrar la portezuela coincidió con una explosión en cadena de varios proyectiles de cañón...

CAPÍTULO VI

Damasco se estremecía bajo la amenaza de un cerco por momentos más estrecho. En unas cuantas horas, la lejana línea de fuego se había trasladado a los alrededores de la ciudad. El continuo martillar de ametralladoras y cañones repercutía en el centro de la población, en un perenne tremor de paredes. Las fachadas de los edificios comenzaban a aparecer con las cuencas vacías de sus ventanas sin cristales. Los alminares, cañones arrumbados, apuntaban a lo alto en un simulacro de antiaéreos. Baterías aliadas, situadas aún muy lejos, comenzaban ya alcanzar con sus zarpazos los extramuros de la ciudad.

Una línea flexible, nerviosa, llena de repentinos avances y retrocesos; con brechas inesperadas por el audaz hachazo de un grupo de Comandos; con taponamientos a la desesperada, hechos con los primeros hombres de que el mando podía echar mano... Se desmoronaba una posición, y ya parecía que los atacantes tenían un camino abierto, cuando de pronto se desencadenaba un feroz contraataque.

Un observador frío podía darse cuenta enseguida de la tremenda contradicción que aquella lucha llevaba en su seno. En el fragor de la batalla se dibujaba claramente la actitud de los que disparaban sus armas como salvas a un símbolo que pronto iba a dejar de existir, y la de los que nunca se resignarían a depender de los Aliados. Más concretamente, de Inglaterra. A ella la consideraban principal culpable del hundimiento de Francia. En esta segunda guerra, la Gran Bretaña parecía ya descartada en todas sus maniobras. Encender hogueras lejos de sus islas. Para muchos franceses que se resistían en Damasco, como para los que meses atrás lo hicieron en Dakar, la campaña de Siria no era más que un

pretexto para que el Eje girase sus cañones hacia Oriente Medio...

Dos días duraba ya la batalla en torno a Damasco. Los Franceses Libres que iniciaron el ataque, estaban ya relegados a segundo término. Ahora eran los australianos, ayudados por el Comando número 11, los que sostenían el peso de la lucha.

Dos brigadas de la 10a División Hindú acababan de irrumpir del Irak y remontaban el Eufrates, en dirección a Alepo, en tanto un grupo de la División de Caballería que había tomado parte en la toma de Bagdad, cruzaba los desiertos del Sur hacia Palmira...

Los Aliados se habían visto obligados a considerar la operación «Exportador» como algo más que un golpe de mano. Todos los cálculos habían fallado, y después del espolonazo de Creta, necesitaban a toda costa un triunfo con qué fortalecer su prestigio. Los franceses de buena fe que resistían el asedio, se habían dado cuenta ya de que los Aliados no cejarían. Por otro lado, el Eje no se hallaba en condiciones de recoger el guante, cuando en un futuro inmediato todo podía resolverse en el desierto occidental, donde Rommel se preparaba para una de sus fulminantes embestidas... Todo, pues, era ajeno a la voluntad de los que resistían. Entonces, ¿por qué no cesar en la lucha?...

* * *

—¿Por qué no se da la orden de alto el fuego? ¿Por qué, coronel Dougarde? —preguntó aquella mañana Danielle, apenas asomó en su habitación el jefe del sector.

Los ojos grandes y negros del coronel se abrieron en un afectado gesto de sorpresa.

—¡Danielle! ¿Qué es lo que dice?

La joven se dirigió hacia la puerta por la que acababa de entrar Dougarde. Casi en la misma puerta arrancaba la escalera que conducía a la planta baja, donde se veía una enorme sala.

—¿Es que el mando no se da cuenta de esto?

Y su voz, lo mismo que su brazo extendido con que señalaba abajo, temblaban.

—¡Todas las habitaciones están atestadas! ¡Todas!... ¿Cuándo va a cesar esta horrible matanza?

Dos enfermeras salieron de la habitación inmediata a la de

Danielle. Saludaron, y con paso apresurado descendieron por la escalera. En la planta baja era un ir y venir de uniformes blancos acercándose a los lechos, algunos improvisados con divanes y sillas; otros, simplemente con jergones extendidos en el suelo.

Era cierto que la amplia sala, y las habitaciones contiguas estaban atestadas de heridos. La casa del malogrado coronel Lavissee se había convertido en un hospital. Con otras casas del alrededor sucedía mismo. Eran, en aquel sector de la ciudad, el punto más defendido contra la artillería...

El coronel Dougarde cogió de un brazo a la muchacha. Ésta vestía uniforme de enfermera.

—¡Mi querido Danielle!... Usted se halla agotada... Me arrepiento de haber autorizado este hospital...

—Nada se hubiera evitado. Hubiera prestado servicio en otro...

—Sí, pero no sería lo mismo, mi pequeña... Por fuerte que sea uno —y usted lo es, Danielle— hay un momento en que la resistencia se agota. Esta casa tiene ya demasiados recuerdos trágicos para usted, y ha sido una imprudencia acrecentarlos acogiendo en ella el lado más deprimente de la guerra... ¿Volvemos a su habitación? He de comunicarle algo...

Aquella visita no tenía nada de extraordinaria. El coronel Dougarde iba todos los días a la casa de su viejo amigo y compañero de armas. Dougarde era uno de los que más afectados se habían mostrado por el desgraciado fin de su amigo, y de los que con mayor ahínco pidieron que el culpable, o culpables, quedaran castigados. Pero desde un principio los pasos de los investigadores quedaron cortados por la declaración de Danielle: «Mi hermano y un agente británico estuvieron en casa la noche en que asesinaron a papá...».

Jules fue detenido, en tanto el agente británico se esfumó como el humo. Ocurrían entonces demasiadas cosas para esclarecer cómo el inglés había conseguido huir. A las pocas horas de ser detenido el capitán Lavissee se producía la ofensiva...

—He sido encargado de la defensa de este sector —anunció Dougarde, así que hubieron cerrado la puerta.

Era un tipo delgado, alto, de nariz aguileña. Para un soldado en campaña, su manera de vestir tal vez resultaba demasiado pulcra.

—Y no quiero ocultarle qué chocante efecto me ha producido,

en el momento en que vengo a anunciarle mi nuevo cargo, oír de sus labios la palabra rendición... ¡Vamos, Danielle! ¡Precisamente usted, cuyo odio a los británicos nos confortaba a los demás!

Con el ademán la invitó a sentarse, en tanto sus ojos negros se detenían en los labios finos, furiosamente encarnados, de la joven:

—Lo que le he dicho, muchacha: necesita usted descansar... O por lo menos, ahuyentar de esta casa este deprimente espectáculo. Y eso voy a hacerlo ahora mismo. Abajo he dejado orden para que inmediatamente suba aquí el capitán Berry...

Danielle estaba ya demasiado pálida para que se notara el efecto que le producía la noticia. Disimuló cuanto pudo, entornando los ojos y mirando al suelo.

—¿Para qué quiere ver al doctor? —preguntó, en tono distraído—. El pobre no se da un punto de reposo... Tres noches que no duermes. Se sostiene a fuerza de coñac...

—Lo sé. El capitán Berry sería un hombre admirable... si sus extravagancias no resultaban a veces tan incómodas...

—¿Qué quiere decir, coronel? ¿Acaso van a castigarle?... ¡Sería inhumano!...

Dougarde la miraba ahora a los ojos.

—Aprecio al doctor Berry tanto como usted —dijo—. Pero eso no me impide ver cuán desmoralizadora resulta en ciertos momentos su conducta... Al hacerme cargo de la defensa de este sector no he de cuidar sólo de la consistencia de las avanzadillas. He de mirar también que mi retaguardia se mantenga firme... Y no son los sarcasmos del capitán Berry lo más adecuado para mantener una moral elevada...

—¡Pero coronel! ¡El doctor es inofensivo! ¡Todos lo conocen!... Tal vez ahora se exceda en su manera de expresarse, pero quizá obedezca a la falta de sueño; a la cantidad de alcohol que se ve obligado a ingerir... Lo que importa de él es que la mano que empuña el bisturí se mantenga firme, y eso, yo puedo asegurarle que es así. Yo, y todos sus ayudantes...

—No lo dudo. Tengo quien lo vigile...

La joven se puso de pie, en un movimiento de sorpresa:

—¿Quéee? ¿Qué hay quien vigila al doctor?

Dougarde acogió aquel aspaviento con una sonrisa comprensiva:

—Mi querida Danielle: Si no fuese usted tan impulsiva ni tan

joven, se daría cuenta de que nos estamos moviendo, más que en un volcán, en un barrizal inmundado. Lo ocurrido a su padre no es más que una débil salpicadura de esta corriente de odios e hipocresías en que se debaten gran número de nuestros compatriotas... Al capitán Berry se le vigila, porque alguien situado al margen y en quien el concepto de compatriota no puede influir, ve sin duda más claro...

El nombre acudió enseguida a los labios de la muchacha:

—¡Von Schulgen!

El coronel hizo un gesto ambiguo. En ese momento llamaron a la puerta:

—¡Entre! —Autorizó Dougarde, sin consultar primero a Danielle. Se dio cuenta de ello, y agregó—: Será el capitán...

Efectivamente: el doctor Berry, un doctor Berry transformado, enflaquecido; cuya redonda cara parecía ahora desmesuradamente alargada y en el que las mejillas, de continuo repletas y encendidas, aparecían flácidas y de color violáceo... Sólo en los ojos se mantenía la viveza de siempre; tal vez había aumentado, con un brillo de fiebre o de alcohol...

—¡A sus órdenes!

—¡Pase, capitán! Tenga la bondad de sentarse... ¿Muy fatigado?



En tanto lo decía, Dougarde se introducía una mano en un bolsillo y sacaba un paquete de cigarrillos. Para nada el capitán médico pareció afectarse ante su superior. Al entrar dijo: «A sus órdenes» como hubiera podido decir «Buenos días» al cruzarse en cualquier escalera con cualquier desconocido. Cogió el cigarrillo que le ofrecía Dougarde, lo encendió y, tras lanzar unas cuantas bocanadas, dijo:

—Le notifico, coronel, que acaba de llegar otra «remesa»...

Danielle no pudo contener un gesto de amargura. En realidad, ya debía estar acostumbrada a aquello. De hora en hora, durante el día y la noche, llegaba una oleada de carne herida...

—Voy a ser breve... ¿No se sienta?

—Oh, no. Si me dejo caer en un asiento, terminará la campaña antes de que puedan ustedes contar conmigo...

—Me siento tentado a preguntarle, capitán —replicó, rápido, el superior— si en algún momento hemos contado con usted...

—¿Quiénes, mi coronel? —inquirió el médico, con no menos rapidez.

Los ojos negros de Dougarde permanecieron unos segundos hurgando en los del doctor, que todo lo que tenían de pequeños quedaba con creces suplido por la tenacidad y viveza con que miraban. Tras un pesado silencio, el coronel soltó la risa.

—¡Es usted incorregible!... Bien, capitán: Prepárese para recibir *una orden* tal vez un poco molesta. Es necesario que de aquí a mediodía, esta casa quede desalojada... Se va a establecer aquí el mando del sector... Los puestos de socorro tendrán que desplazarse más al interior... ¿Entendido?

Era, tal vez, lo que menos podía esperar el capitán médico, por lo absurdo. Más aún: por lo monstruoso. Tras un momento de estupor, exclamó:

—¡Ese traslado significa la muerte de muchos, coronel! ¿Han pensado en ello?

—¡Se ha pensado en todo, capitán! —replicó, severamente, Dougarde—. ¡Haga lo que le digo!

Lo que el coronel presentía, ocurrió: Danielle intervino en apoyo de Berry:

—¡Pero coronel! ¡Yo sé cuán a duras penas se consigue mantener la vida de muchos que están abajo! ¡Sería un crimen trasladarlos! ¿Tan imprescindible es instalar aquí el puesto de mando?

—Tal como está la situación, sí —contestó el jefe, algo afónico—. Acabo de recorrer las avanzadillas de este sector, y he tomado disposiciones para que puedan ser controladas desde aquí. Los puestos de socorro sobre las mismas líneas son nocivos... En último caso...

Quedó unos momentos en suspenso. La irritación que inopinadamente le había poseído, desapareció con la misma rapidez:

—¡Bien! Tenemos una solución... Que se queden aquí los heridos que ustedes consideren más graves... Pueden alojarlos en las habitaciones apartadas. Pero trasladen a todos los demás. Todo lo más dentro de tres horas este puesto de mando debe estar funcionando... ¿Entendido? Puede usted re —tirarse...

Pero Berry no se movió. Mirando fijamente a su superior, hurgando en sus ojos con mayor fuerza que la que antes empleó Dougarde con él, sugirió:

—Lo que va a suceder ahora, mi coronel, es que el enemigo, tan pronto se percate de que esto no es un hospital, lo bombardee... Muchos objetos tan apreciados por el coronel Lavissee, quedarán destruidos. Especialmente su biblioteca...

Danielle miraba al capitán médico aterrorizada. ¿Por qué decía aquello? ¿Acaso se había vuelto loco?

—Quizá convendría dedicar a un entendido para que pusiera a salvo lo que allí pueda haber de valor... —añadió Berry—. ¿Qué opina usted, Danielle?

Pero la muchacha había quedado sin voz. Tenía el convencimiento de que el doctor Berry, agotado, sufría un ramalazo de locura. Afortunadamente Dougarde no pareció darse cuenta de lo que ocurría.

—De todo eso ya se preocuparán otros, capitán. Límitese a su misión, que ya tiene bastante con ello... Espero ver mis órdenes cumplimentadas en el tiempo indicado.

—¡A sus órdenes!

Y Berry, antes de volverse, aún hizo un guiño a Danielle... Decididamente estaba loco.

Tan pronto el capitán hubo cerrado la puerta, Dougarde manifestó:

—El capitán Berry ha tenido el defecto de encontrar en su carrera a demasiados amigos que celebraran sus chanzas. Ahora ya va a ser imposible corregirle...

—¿Es acaso un reproche a la amistad que le ligaba con papá? —inquirió la joven, sintiéndose cada vez más irritada contra Dougarde.

—¿Por qué, Danielle? Yo también soy amigo del capitán...

—Es muy distinto. Papá y el doctor Berry se comprendían admirablemente, a pesar de que parecían tan diferentes...

Dougarde quedó pensativo.

—Sí. Su padre tenía cosas extrañas —dijo, sin mirar a la joven—. Casi prefería confiarse a un cualquiera, que a un amigo...

—En este caso, en lo que se refiere al doctor, no es un cualquiera —rectificó ella.

—No me estaba refiriendo ahora al capitán... Su padre era hermético con sus amigos. Yo tengo la convicción de que su fin hubiera sido bien distinto, si él hubiera sido más franco con los amigos. ¿Quiere que le confiese una cosa, Danielle?

La muchacha le miró con verdadera ansiedad. Parecía presentir lo que el otro iba a decirle.

—Diga, coronel...

—En ningún momento he creído que su hermano atentase contra su padre... No, no se altere. Jules no ha desmentido nada. Él se mantiene en la misma posición del primer día: Que vino aquí, con un agente británico... El capitán Carsey, si no recuerdo mal... Discutieron con su padre. Se excitaron los ánimos... Bueno, Danielle. Ni la posición en que fue encontrado su padre hace posible esa referencia, ni quien conozca a Jules...

Se interrumpió, dirigiendo a la muchacha una mirada penetrante:

—Lo malo, Danielle, es que de este engaño se ha dado cuenta alguien de fuera de casa... Von Schulgen me ha pedido hablar con usted...

—¿Qué tiene que ver ese hombre con nosotros? ¿No es un extranjero?

Una sonrisa amarga se dibujó en sus finos labios:

—¡Si papá lo viera! ¡Un extranjero investigando en plena zona de guerra!... ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Ha atormentado a Jules con interrogatorios?

—Nada de eso. Von Schulgen no ha demostrado el menor interés por hablar con su hermano. Tal vez porque sabía que íbamos a impedírselo. Le prometí a usted que en tanto estuviese herido, nadie le molestaría. Esa promesa voy a poder mantenerla ahora en mejores condiciones, puesto que su hermano queda en mi sector...

—En ese caso, impida que Von Schulgen hable conmigo... Yo no deseo verle.

—¡Mi querida Danielle! —exclamó, en amable reproche, Dougarde—. Nuestro odio a los ingleses sería algo inofensivo, si no nos procuramos el apoyo del Eje... Von Schulgen puede ayudarnos mucho, si pequeña. Si le decidimos a que solicite refuerzos...

—¿Qué? ¡Coronel! ¿Serían ustedes capaces de pedir la intervención de los extranjeros?

Tremaba de ira. Sus espléndidos ojos, convertidos en ascuas, parecían querer secar los de Dougarde.

—¿Preferiría usted que nos rindiéramos a los aliados? —preguntó el militar, arrastrando las palabras—. En realidad, ya me ha contestado apenas he llegado... Y no quiero ocultarle que me parece usted muy cambiada...

Danielle sabía que se hallaba en contradicción con su actitud de los otros días. Pero no quería disimular. No podía tampoco.

—¡Quiero que termine esta matanza!... ¿No ve que todo es inútil? ¡Ellos son más fuertes!...

Y en aquel momento, como subrayando sus palabras, varios proyectiles de cañón empezaron a estallar por los alrededores.

—¡Vaya! ¡Ni que ya estuvieran enterados de que esto deja de ser hospital! —comentó, humorísticamente, Dougarde. Y mirando su reloj de pulsera, agregó—: Tengo que marcharme... Estamos preparando un contraataque. Todo lo más dentro de un par de horas estaré de vuelta, con mi plana mayor... Encárguese usted misma de que las habitaciones que primero queden desocupadas sean las recayentes a la parte izquierda. Sí, posiblemente instale mi despacho en la biblioteca. Así nadie se atreverá a tocar nada... Pueden dejarla tal como está. Y en cuanto a Von Schulgen, no sea tan impetuosa... Hágame caso, Danielle. No siempre se puede ir con la verdad por delante...

Ya había abierto la puerta cuando agregó:

—Procuraré estar de vuelta antes de que Von Schulgen venga a verla. Tal vez usted necesita que un amigo la aconseje... ¡Hasta luego, Danielle!

Ya Dougarde se hallaba fuera de la casa y su coche, repleto de oficiales, había partido, cuando Danielle aún no se había recobrado de su aturdimiento. Empezaba a serenarse, cuando la sensación de que la puerta se abría la obligó a volver la cabeza. Y entonces soltó un grito de terror, un grito de miedo más bien infantil.

Después de todo, nada más natural que lo que veía delante. Uno de los heridos acababa de entrar para comunicarle que el doctor la llamaba a la biblioteca...

Ése fue el recado que le dio momentos después, cuando la joven ya se había repuesto. Antes de ello, el recién aparecido permaneció erguido, enfundado en unos pantalones militares y una camisa

caquí, sin distintivo. Y tampoco sin facciones, porque su cabeza era simplemente una bola de vendajes, con dos reducidas aberturas en los ojos.

Unos ojos convertidos también en ascuas, y que parecían querer arrebatarse el fuego que había en los de Danielle.

—El doctor la espera en la biblioteca...

Las vendas hicieron que la voz saliese oscura, y las palabras casi sin perfil...

—Dígale que voy en seguida...

El herido hizo ademán de saludar militarmente, y salió. Danielle tardó muy poco en salir detrás, pero cuando lo hizo, y miró hacia la planta baja, le fue imposible distinguir al herido que le había llevado el recado. Y lo natural era que para ir a la biblioteca, hubiese escogido aquel camino, porque el otro, el que ahora iba a utilizar la joven, era demasiado complicado: cruzar un corredor; luego una habitación en la que se amontonaban los muebles que no tenían objeto en el hospital, y en cuya estancia el viejo Paul se había reservado un rincón para dormir; después había que atravesar una pequeña galería, antes de descender por la escalerilla que conducía a la habitación inmediata a la biblioteca... Un camino, en fin, demasiado complicado para quien no fuera de casa...

Danielle lo utilizaba ahora porque quería soslayar el trajín que existía en la planta baja, donde se estaba procediendo a levantar las camas... De pronto, dejó de extrañarse de que el herido hubiese utilizado aquel camino para regresar a la biblioteca. No era tan difícil como consideró al principio, pues aquél fue el camino que debió de utilizar el que asesinó a su padre, y sin ninguna duda era alguien, también, de fuera de casa...

CAPÍTULO VII

En la biblioteca no estaba el doctor Berry, pero sí el hombre de la cara vendada.

—Vendrá tan pronto pueda permitirse una escapada —manifestó el «herido»—. Está interviniendo a los que acaban de llegar...

Danielle miraba al hombre. Éste acababa de cerrar la puerta por dentro, y luego, dando unos pasos para situarse frente a la muchacha, levantó las manos tocándose la envoltura de la cabeza.

—Fíjese cómo tengo las vendas. ¿Sabrá dejarlas lo mismo, Danielle?

Seguía sonando la voz algo obscura, pero las palabras se recortaban perfectamente. Fue cierta inflexión que ella conocía demasiado la que le hizo retroceder, atónita:

—¡Capitán Carsey!

El «herido» hizo un ademán rápido, mirando en torno, receloso.

—¡Por favor, Danielle! Baje la voz... No estoy muy seguro de que no nos hayan seguido. ¿Sabe que entre los enfermeros hay quien vigila a usted... y al doctor?

—Sí. Me lo acaba de decir el coronel Dougarde...

—¿De veras? —inquirió Errol, con marcado retintín—. El coronel Dougarde se está pasando de listo...

La muchacha le miró con verdadera ansiedad.

—¿Qué quiere usted decir?

Pero Errol ya sólo parecía preocuparse por los vendajes. Le molestaban, y empezó a quitárselos.

—Me los dejará igual que estaban, ¿verdad, Danielle?

—¡Por favor, capitán Carsey! ¿Qué ha querido dar a entender? ¿Qué ocurre con el coronel Dougarde?... Debo advertirle que era muy amigo de papá...

—¿Y quién lo niega?

Sobre la mesa escritorio, precisamente en el sitio en que reposó la cabeza del infortunado coronel Lavissee, quedó un montón de vendas. Carsey empezó a frotarse la cara con ambas manos.

—¡Ha sido horrible! —exclamó—. Sólo de noche he podido quitármelas durante unas horas. El tiempo que permanecía encerrado en esta biblioteca...

—Pero ¿desde cuándo se encuentra aquí? —preguntó ella, cada vez más confundida.

—Dos días, con sus correspondientes noches... ¡Vamos! ¿Es posible que no me recuerde? Entre todos los heridos, no hay más que tres caras tapadas completamente por las vendas, y usted se ha acercado al lecho de los tres. Ayer estuvo usted unos minutos sentada junto a mi lecho... La verdad es que parecía usted muy abstraída. ¿Qué le sucede, Danielle?

Pero la joven parecía ahora aherrojada por una idea fija. Miraba, sin ver, hacia un punto de la biblioteca.

—¿Por qué me ocultó el doctor que usted estaba aquí? —inquirió, sin mirarle—. ¿Sabe qué acusación pesa sobre usted?

—Oh, sí... Me lo anunció el capitán Berry, antes de marcharme. Y he regresado para sentarme a la mesa de juego... sin que me vieran. Una formidable ventaja, porque así he pedido ver las cartas de todos los jugadores...

Cambió enseguida el tono jocoso, por otro más grave:

—Danielle: A usted y al doctor he estado ocultándoles algo desde el principio... *Aquella noche*, cuando usted salió de la biblioteca para refugiarse en el cuarto de Jules, me quedé unos momentos solo... Sobre las rodillas de su padre hallé un papel. Tenía dos letras escritas con trazo grueso. ¿Cuándo examinaron el cadáver, nadie observó que el dedo índice de la mano derecha estaba sucio de tinta?

—¡Sí!... Y había varias gotas sobre la mesa...

Ella apartó las vendas.

—¡Mire! ¡Aún se ven!

—¿No les ha hecho pensar eso? Usted mejor que nadie sabe cuán cuidadoso era su padre. El tintero no se hallaba volcado...

—Todo eso me ha estado preocupando, capitán. Pero no encontré nada...

El británico sonrió.

—A alguien más que a usted han estado preocupando esas manchas. Especialmente la del dedo...

—¡Carsey! —exclamó Danielle, súbitamente exaltada—. Ayer, cuando le hablé al doctor de mi desánimo, por no conseguir nada positivo en mis averiguaciones, él me respondió: «Estoy seguro de que en la biblioteca está la solución... Pero tendremos que aguardar, porque también estoy convencido de que el *enemigo* sospecha lo mismo». Y no obstante, ha sido el mismo doctor quien ha aludido esta mañana a la biblioteca, ante el coronel Dougarde, con reticencias demasiado significativas... ¿Qué es lo que ocurre? ¿Se sospecha acaso del coronel? En ese caso, ¿por qué el doctor le desafía?...

—No le desafía, Danielle. Simplemente que se permite bromear, porque ya nos hallamos en condiciones de hacerlo... Tenemos ya una lista de personajes inclinados al doble juego. Entre ellos está el que mató a su padre...

Errol se quedó mirando hacia la estantería repleta de libros. Cogió un grueso volumen y lo dejó sobre la mesa. De entre sus páginas sacó un papel. En él se veían dos signos algo tortuosos, de trazo robusto. Una V y una L. En ésta, la extremidad interior estaba sin terminar, tal vez por falta de tinta, o porque la tuerza de quien los trazó se había agotado.

—Esto es lo que escribió su padre...

Danielle cogió el papel, y durante unos momentos permaneció observándolo, presa de gran emoción. Luego, con voz seca, mirando severamente a Errol, preguntó:

—¿Y con qué derecho se llevó usted esto?

—No me lo llevé. Simplemente me limité a meterlo en uno de estos libros. Mi situación no me permitía llevar esto encima... Y en cuanto a ustedes...

—No se fiaba —completó ella, sarcástica.

—Pues sí, no me fiaba. Yo no sabía aun lo que podía salir de esa clave. Tal vez algo que fuese en deshonor de la familia, o de algún compatriota muy apreciado por ustedes... Oí pasos del viejo Paul que regresaba de llamar por teléfono al doctor, y apenas tuve tiempo de dejar el papel en uno de esos tomos. No tuve la precaución de fijarme en cuál... y eso me ha hecho perder mucho

tiempo. Estos libros no se hallan seguramente en el mismo sitio que estaban.

—La biblioteca ha sido examinada de arriba abajo, lo mismo que toda la casa... por orden superior.

—¿Por qué motivo?

—Papá debía poseer ciertos planos sobre las operaciones que se avecinaban, y al saber que un agente británico había estado en casa...

—Un pretexto —rechazó el inglés—. Era esto lo que buscaban...

—¡Pero esto no dice nada!...

—*VI* lo mismo podían ser números romanos que el principio de un nombre.

—Son números romanos —afirmó Errol—. Y, seguramente, a su padre no le quedaron fuerzas para completar la cifra, y se quedó una por señalar. Eso me ha hecho perder mucho tiempo...

Señaló las estanterías. Existían varios grupos de libros cuya serie rebasaba los seis tomos.

—Se trataba del tomo *VII*, y no el *VI*, como creía al principio. Esta madrugada me sentía fracasado, cuando pensé que la indicación tal vez no fuese exacta... En el tomo *VII* de la «Historia de Francia», en el cartón de la cubierta está lo que buscamos...

Ella hizo ademán de acercarse a la estantería, pero él la contuvo:

—¡Déjelo ahí! Es el sitio más seguro. El doctor ya conoce el sitio. Usted también. Alguno de nosotros tres quedará al final... En cuanto a esta nota, ¿le parece bien que la destruyamos?

Los ojos de Danielle se humedecieron:

—Me gustaría conservarla... ¡Pobre papá! —exclamó, con la mirada fija en los trágicos signos.

—Lo dejaremos en este libro... Fíjese en cuál, no le vaya a suceder lo que a mí...

Pero Errol vio enseguida que a ella le iba a ocurrir lo mismo. Sus ojos estaban demasiado turbios para fijarse.

—Lo tendré yo en cuenta...

Llamaron a la puerta, de una forma que Errol ya conocía.

—Es el doctor. Y parece que tenga prisa... Abra usted.

En tanto ella se dirigía a la puerta, él cogió el montón de vendas y se escondió detrás de un mueble, con una mano, cerca de la culata de una pistola que asomaba por la cintura.

Era efectivamente el capitán Berry. Apenas cerrar, preguntó:

—¿Dónde está Carsey?

—Aquí, doctor...

Los ojos pequeños del capitán médico adquirieron un tamaño inverosímil.

—Pero ¿qué ha hecho usted?... ¡Póngase inmediatamente las vendas! ¡Venga! ¡Von Schulgen y Dougarde están al llegar!

Errol se sentó y el médico se dispuso, a vendarle, verdaderamente irritado:

—¡Yo ya lo sabía! —rezongó—. Tan pronto se viese usted ante Danielle, sentiría la necesidad de quitarse estos trapos... ¡Qué idiotez! En algún momento me he sentido inclinado a admirar sus nervios. Pero me parece que todo es filfa. Usted tiene las mismas reacciones que los demás... Sí. Todo muy elemental. ¿Para qué diablos quería que Danielle le viese la cara? No creo que nuestra joven amiga se halle ahora en condiciones de examinar la pureza de sus rasgos como elemento británico... No creo tampoco que sienta muchos deseos de hacerlo...

—¡No desfogue su cólera impidiéndome respirar, doctor! —clamó Errol, en actitud de quien está asfixiándose.

—¡Esto ha sido una imprudencia que tal vez nos cueste cara! —Siguió el capitán médico, corrigiendo la trayectoria de las vendas que cubrían la boca y la nariz—. Yo debía estar ahora fuera, haciendo frente a la situación. Dougarde va a llegar, y yo aún no he desalojado la casa... No pienso hacerlo tampoco.

—¡Bravo, doctor! —exclamó Danielle—. Es lo que quería pedirle...

—Pero no sé cómo podré soportar el temporal... ¡Si se produjera un avance!... Las noticias son bastante alentadoras. Los heridos que llegan de la primera línea dicen que de un momento a otro el frente se va a derrumbar...

Cambió enseguida de tono. Otra vez volvió a la actitud enfadada:

—¡Me saca usted de quicio, Carsey! Parece que Je guste jugar con el peligro... Esta mañana se ha pasado usted más de una hora dando conversación al enfermero de marras. ¿Acaso no sabe quién es?

—¿Y por qué no tenía que hablar con él, ya que tan amable se

ha portado conmigo?

—¡Si ha reconocido su acento!... —exclamó Berry, sombrío.

—Algo más que el acento, doctor —repuso Errol, tranquilamente—. Esta madrugada, cuando salía de la biblioteca, me tropecé con él...

Las manos del capitán médico quedaron quietas.

—¡Carsey! ¿Por qué no lo ha dicho antes?

—No hubiera servido de nada... Sin embargo, ha servido de mucho el callar. ¿No ve los efectos? El coronel Dougarde necesita instalar aquí su puesto de mando...

Siguió a esto un breve silencio. Las manos de Berry terminaron el vendaje.

—¿Cree usted que el enfermo es agente de Dougarde? —preguntó el doctor.

—Estoy seguro —respondió el británico.

—Yo he supuesto que era de Von Schulgen. Por eso no me he atrevido a alejarlo de aquí...

—¡No lo haga! Perderíamos a un formidable aliado... Debemos dejarnos vigilar; así nosotros, de rechazo, podremos vigilarle a él...

El capitán Berry quedó unos momentos inmóvil. Se pasó una mano por la frente, y al cerrar los ojos, su cuerpo osciló, como si estuviera beodo.

—¡Doctor! —llamó la joven, cogiéndole de un brazo.

—No es nada... Pero no me suelte, por si acaso... Oiga, Carsey: En la habitación contigua tiene una cama preparada. Vamos a meter ahí a otros heridos. Échese enseguida y no me haga otra tontería. ¡Vamos, Danielle!...

Abrieron la puerta, y, tras observar unos instantes, se marcharon. Momentos después, Carsey salía por la misma puerta. En la habitación contigua, había una cama, recién hecha.

Sin siquiera descalzarse, tal como estaba, levantó la sábana y se metió bajo ella. Se cubrió de forma que sólo quedó fuera la cabeza...

CAPÍTULO VIII

La llegada del coronel Dougarde a la casa de Danielle fue precedida por una oleada de heridos. El tiroteo se oía cada vez más cerca, y las calles próximas al edificio empezaban a ser batidas por varias ametralladoras con estudiados cruces de fuego y algún que otro tirador aislado, escondido en cualquier desván.

Quizá por ello Dougarde no dijo nada al ver que la casa seguía igual que la dejó. Pasó, muy serio, un poco pálido, seguido de su plana mayor, en dirección a la biblioteca, donde hacía unos momentos acababa de ser instalada una centralilla. Fue eso lo único que no le pareció bien.

—La centralilla en la habitación contigua —ordenó.

El jefe de transmisiones balbució:

—Está ocupada por los heridos, mi coronel.

—¡Que los saquen de ahí inmediatamente! ¡Rápido!

Los ayudantes de Dougarde ya habían empezado a abrir carpetas y desplegar planos sobre la mesa escritorio. En unos minutos la centralilla fue trasladada a la otra habitación, antes de que evacuaran a todos los heridos.

En la biblioteca, junto con Dougarde había un hombre de mediana estatura, delgado, de rostro macilento y ojos hundido. Vestía de paisano. El único que vestía así...

Apenas entrar, se había situado en un ángulo de la habitación, como no queriendo estorbar, o para observar mejor los movimientos de todos.

Dougarde, no obstante lo atareado que se encontraba, aún tenía tiempo para dirigir de vez en cuando una mirada rápida hacia el ángulo en que se hallaba ese personaje. Más pronto el teléfono estuvo en condiciones de funcionar, y entonces el coronel quedó

totalmente absorbido por el aparato. Con el auricular pegado a un oído, inclinada la cabeza sobre un plano, fue señalando con un lápiz rojo distintos puntos del sector.

—¡No! ¡Ustedes manténganse a la entrada de la avenida! ¡No se preocupen! ¡Los tanques no llegarán ahí!... ¿Qué?... ¡Sí! ¡El flanco izquierdo lo tienen asegurado!... Volveré a llamar dentro de unos minutos...

Al instante conectaba con otra posición. Acaso ahora autorizaba un ligero repliegue. Luego llamaba a otra, para remacharles la consigna de resistir a toda costa...

En la biblioteca, todos permanecían quietos, un poco separados de la mesa del jefe, casi en actitud de firmes, todos con el rostro propio de quien vela a un cadáver...

De afuera llegaban ramalazos de la tempestad. Tan pronto eran unas granadas de cañón que desgarraban los próximos tejados, como rociadas de balas chascando contra los aleros. Se oyó en lo alto, varias veces, el fragor de la aviación, como un imponente rulo que estuviese alisando la ciudad.

En la estancia restallaba la voz de Dougarde, en algunos momentos, encolerizada, henchida de amenazas; otras sinuosa, insegura, como si en realidad temiese a quien se hallaba al otro extremo del hilo... Durante un buen rato prosiguieron las órdenes y contraórdenes. Diríase que movía piezas de ajedrez, defendiendo desesperadamente un jaque irremediable.

Daban una sensación extraña aquellas órdenes. No sonaban nombres de cotas, valles, barrancos. Era la designación de calles, de edificios, quizá de pisos. Una sensación de que aquella lucha, en vez de desencadenarse en un amplio campo de batalla pleno de realismo, se había empequeñecido y se desarrollaba sobre una maqueta. Pero cosa extraña: aun manteniéndose la impresión de que el escenario de lucha se había infantilizado, su sentido dramático resultaba más hondo y veraz...

El hombre vestido de paisano, de rostro macilento, había ido avanzando lentamente hasta situarse junto a la mesa. Sus ojos hundidos no se apartaban del plano, de los signos que Dougarde trazaba...

Una de tantas veces, al levantar la cabeza el coronel, se dio cuenta de quién tenía delante, y su rostro acusó una gran

convulsión. Los ojos hundidos le miraban ahora, buscando sus pupilas.

—¡Coronel! Necesito conferenciar con usted.

Era una voz fría, cortante.

—Con mucho gusto, Von Schulgen —se apresuró a responder el francés.

El hombre vestido de paisano miró a su alrededor.

—¡Puede hablar, Von Schulgen! —Manifestó Dougarde—. ¡Son mis ayudantes!

—¡Mande que el personal se retire! —indicó el otro, inmutable.

A esto siguió un pesado silencio instintivamente la plana mayor había ido colocándose en último término. Dougarde se había puesto de pie. Miraba al otro con el rostro congestionado.

—¡Von Schulgen! ¿Será necesario recordarle que el jefe de este sector soy yo?

—¡Haga lo que le digo!

El coronel miró a sus ayudantes. Se limitó a hacer un gesto y éstos, en completo silencio, se retiraron.

—¡Von Schulgen! ¡Le llevo pegado a mis talones durante dos días! ¿Por qué?

El hombre vestido de paisano miraba ahora los signos que había sobre el mapa de operaciones. Sonreía sarcástico.

—Coronel: Supongo que pensará entregar ese mapa a los aliados, tan pronto lleguen aquí...

El francés le miró como si no comprendiera. El alemán señaló con el dedo:

—Conoce usted perfectamente este barrio... ¿Desde cuándo preparaba esta jugada? Ha dejado un paso abierto por donde impunemente estarán ya pasando las avanzadillas enemigas... Eso costará la vida a muchos de los que están obediendo sus órdenes...

Levantó la vista, buscando los ojos de Dougarde.

—Por fin se inclina usted definitivamente a una carta, coronel... Pero no cuenta usted con un fallo. ¿Sabe que he decidido caer prisionero con usted? Tal vez no le gusten mis declaraciones... Pero yo no tendré más remedio que demostrar mi gratitud por los servicios que usted nos ha prestado en estos últimos meses...

Sonaban los disparos tan cerca, que en algunos momentos daban

la impresión de que se producían, en la misma casa. En el patio próximo a la biblioteca, estalló un proyectil de mortero...

La puerta se abrió de golpe. Apareció un oficial joven, impresionantemente pálido, uno de los que antes estuvo cerca de Dougarde.

—¡Mi coronel! ¡El teléfono!...

El jefe fue a coger el auricular, cuando en ese momento se produjeron varios estallidos en el muro que daba a la galería. Empezaron a caer escombros... La estantería, la mesa, las figuras quedaron borradas por la polvareda. Sonaron unos disparos de pistola. Una figura de mediana estatura, empezó a tambalearse. Era Von Schulgen...

Cuando la polvareda empezó a disiparse, el coronel Dougarde ya se había guardado su pistola. De pie ante la mesa, cogió el auricular y, como si nada hubiese ocurrido, continuó cursando órdenes. De vez en cuando miraba distraído hacia el sitio donde se hallaban unos sanitarios, colocando el cuerpo de Von Schulgen sobre una camilla.

Alguien que hubiese estado observando al coronel, al ver el estremecimiento que éste hizo, hubiera creído que por teléfono acababan de darle una fatal noticia.

Pero nada de lo que captaba por el auricular afectaba a Dougarde. Diríase que afuera todo se estaba produciendo según un plan previsto.

Lo que al francés impresionó fue encontrarse con los ojos de Von Schulgen quien, apenas fue tendido en la camilla, levantó la cabeza, mirando fijamente al coronel.

Al pasar la camilla junto a la mesa, uno de los sanitarios, el que marchaba detrás, miró a Dougarde. Éste respondió a su mirada.

Segundos después, el coronel proseguía transmitiendo órdenes. Eran consignas dramáticas... No obstante, a juzgar por su voz y por la sonrisa que ahora aparecía en sus labios, diríase que se hallaba bromeando...

* * *

Tenía ya noticias de que los tanques aliados habían irrumpido en la calle. Be un momento a otro esperaba ver entrar a los comandos.

Quería que le sorprendieran en su puesto de trabajo. A todos sus ayudantes los mantenía fuera. Quería que se efectuase a solas el encuentro con los aliados.

A un extremo de la mesa, allí donde él no pudiera alcanzarla sin hacer un gran esfuerzo, había dejado su pistola. De un momento a otro se abriría la puerta. Dougarde se pondría de pie. Permanecería inmóvil hasta que el que mandase el grupo llegase frente a él. Deseaba que fuese un oficial. A él le entregaría los planos: «¡Guárdelos! ¡Interesan al Mando!». El oficial aliado se encargaría de hacer llegar aquellos papeles a los altos jefes. Luego a Dougarde no le sería nada difícil hacerles ver sus estratégicas jugadas, que tan ventajosa entrada en Damasco había proporcionado a los atacantes...

Hacía unos momentos, afuera se había oído un gran revuelo. En seguida, un impresionante silencio... Era indudable que los aliados habían entrado en la casa. Ahora se alegraba de que el hospital hubiese seguido allí. Con ello se paraba el primer golpe de las vanguardias, siempre el más peligroso...

Miraba hacia la puerta, esperando que se abriera. Pero fue por el extremo opuesto de la biblioteca, por la abertura que las granadas habían hecho en el muro, por donde surgió una voz y una figura extraña:

—¡Buen servicio, coronel!

Dougarde no creía en los fantasmas. Pero en el primer momento, la aparición de aquel hombre, con la cabeza convertida en una bola de vendas, le llenó de confusión.

—Vengo de parte de la señorita Lavisse para que cuide de su biblioteca. Soy un bibliófilo incorregible, y según tengo entendido aquí existen verdaderas joyas... Ha sido una suerte que las granadas que han abierto este muro, no dañasen los libros. Especialmente el tomo *séptimo* de la «Historia de Francia». Contiene datos para unas nuevas páginas de esa historia... El coronel Lavisse contaba con escribirlas un día, para ejemplo de las generaciones futuras... ¡Lástima que alguien se prestase a eliminarle obedeciendo órdenes superiores! Tal vez alguien semejante al individuo que hace unos momentos, ahí fuera, intentaba rematar a Von Schulgen, valiéndose de su calidad de sanitario... Afortunadamente mis «heridas» me han familiarizado lo suficiente con una posta sanitaria para saber que la

inyección que el sanitario intentaba aplicar al alemán, era innecesaria, y no he vacilado en arrebatársela la jeringuilla. Von Schulgen se encuentra ahora en manos del doctor Berry... Y en cuanto al sanitario, coronel Dougarde, ¿cree usted que guardará silencio hasta el extremo de situarse ante el piquete de ejecución?...

Y un tanto hablaba, el hombro de la cabeza vendada procedía a quitarse aquella especie de antifaz. Parecía estar haciéndolo para dar ocasión a que el otro se hundiese más. El coronel no tenía más que inclinarse, alargar un brazo y...

No llegó a tocar la pistola. El mismo había procurado que quedara fuera de su alcance.

De todas formas con ello quizá sólo hubiera conseguido precipitar su fin, porque en el instante en que se inclinaba, la puerta se abrió y como un golpe de huracán, entraba un grupo de comandos...

* * *

En torno a la mesa, varios oficiales aliados, con el uniforme sucio de tierra; algunos, incluso de sangre... En aquel grupo, había un oficial con uniforme francés. También una mujer, vestida de enfermera.

Un capitán australiano leía en alta voz un documento, escrito en letra menuda. Era un papel delgadísimo, llenó de dobleces, y ello parecía dificultar su lectura...

«—... Benjamín Ramuz, teniente coronel. Notificó a los aliados el nuevo emplazamiento de la artillería en el sector de Kiswe. Ello me obligó a reformar los planes... Es casi seguro que también se entendía con los alemanes. No lo he comprobado...».

El oficial que leía hizo una pausa. Todos se volvieron a mirar al oficial francés. Era el doctor Berry.

—Muerto —dijo éste—. Ayer de madrugada, en el sector sur...

—«Capitán Bernard Duvernois: Facilita a los nazis las actas de nuestras conferencias... Comprobado. Véase ficha del agente "H-1"...».

—No tengo noticias de que sea baja —murmuró el doctor.

—«Micele Aycard, capitán, Al servicio de los aliados...».

La joven enfermera fue levantándose silenciosamente, y se

acercó al desgarrón que había en un muro de la biblioteca, a través del cual se podía ver la noche. Se oía, algo lejano, tiroteo espaciado, indeciso...

Un oficial se acercó a la enfermera y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué no se retira señorita Lavissee? Está usted muy cansada... De momento, no la necesitamos.

—Se lo agradezco —respondió Danielle—. Estaré en mi habitación.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció el oficial.

Ella lo cogió. Ya en la puerta para marcharse, dijo:

—Si me necesitaran...

El oficial sonrió, comprensivo:

—Esté usted segura de que tan pronto lleguen, la avisaremos.
¡Buenas noches, señorita Lavissee!...

Momentos después Danielle se hallaba en su habitación, completamente a oscuras. Se acercó a una ventana y recostando la cabeza en uno de los lados, se quedó mirando al espacio, acribillado de estrellas. De vez en cuando sonaba, distante, el retumbar de algún cañón...

Poco a poco, en la calle oscura empezó a perfilarse el rumor de algunos coches. El corazón de Danielle aceleró sus latidos.

Los coches se detuvieron ante el pálido recuadro de luz que proyectaba el portal. Varios soldados se apearon, riendo y hablando a voces...

La joven ahogó un grito y, de estar la luz encendida, hubiera echado a correr. A tientas, llena de impaciencia, llegó hasta la puerta. Su misma precipitación la hizo torpe para abrir.

Cuando llegó a la planta baja Jules ya se hallaba acostado. Antes de lanzarse a abrazarle, permaneció unos instantes mirando su rostro enflaquecido, sus ojos inmensos, llenos aun de fiebre.

—¡Hermano!... ¡Mi pequeño Jules!...

Arrodillada junto al lecho, empezó a besarle, entre sollozos... Luego, ya más tranquila, levantó la cabeza para mirar al oficial británico que de pie, permanecía al otro lado de la cama.

—¡Gracias, capitán Carsey!...

Iba a añadir algo, cuando reparó en que Errol llevaba una mano vendada.

—¿Le han herido?

El británico rompió a reír, al tiempo que escondía la mano:

—¡Oh, no! Es el truco que he empleado para meterme donde estaba Jules...

Pero no era verdad. El vendaje era bastante defectuoso, hecho sobre la misma marcha, y la sangre que fluía de la herida comenzó a salpicar el suelo.

—¡Capitán Carsey! ¡A ver esa mano! —dijo autoritariamente Danielle.

Ella misma se encargó de curarle. Debía de causarle mucho dolor, o él quiso exagerar, porque haciendo una mueca exclamó:

—¡Cómo se venga!

—¿De qué?

—De la vez que la dejé en tierra...

Al parecer, nada más inoportuno que aquel recuerdo. El semblante de Danielle se ensombreció... No dijo nada. Así que terminó la cura, volvió al lado de su hermano. Errol se encaminó a la biblioteca...

EPÍLOGO

Al día siguiente fue Jules quien dio la noticia a su hermana. El capitán Carsey había salido en una expedición que, aquella misma madrugada, partió de Damasco en dirección a Beirut.

—Algo muy urgente, me ha dicho. Aunque yo creo que lo que Errol busca es no tomar parte en la «depuración»...

Sí. Aquel hurgar en la vida íntima, aquel sopesar conductas que, aun efectuándolo los mismos compatriotas entre sí, resultaba amargo.

Danielle agradeció, desde lo más hondo de su alma francesa, que el oficial británico rehuyera intervenir en sus rencillas. Tal vez fue entonces cuando empezó a mirar a Carsey de un modo distinto... Por lo menos, a partir de aquel día no dejó de preocuparse de las andanzas del inquieto oficial...

Acaso debido a ello, meses más tarde, en El Cairo...

Carsey salía de un departamento oficial, y al llegar al bordillo de la acera se encontró con que el coche que debía estar esperándole para trasladarle al Cuartel General, había desaparecido. Miró a un extremo y otro de la calle, con estupor. La cólera empezó a apoderarse de él.

—¡Ese maldito! —rezongó, refiriéndose al cabo negro que conducía el coche.

A sus espaldas estalló una alegre carcajada.

—¿Qué le ocurre, capitán? ¿Le han dejado en tierra?

Antes de volverse ya la había reconocido.

—¡Danielle!

Nunca le pareció tan hermosa, ni jamás se sintió tan turbado ante el esplendor de sus ojos grises.

—La broma ha salido de mi hermano —explicó ella, momentos después—. El entiende que antes de entrar en negociaciones debía procurarme un desquite...

Cambiando de tono, en voz más baja, añadió:

—Vengo en misión oficial. Mi hermano nos espera más adelante... Debo ponerle en antecedentes antes de que lleguemos al coche... Se nos ha encargado una misión, en la que tanto mi hermano como yo, quisiéramos su colaboración... Usted dirá si accede...

Aquella misión se relacionaba con la operación «Antorcha», o sea, la invasión aliada del Norte de África francesa...

Ni que decir tiene que Carsey accedió. De aquellos riesgos, Danielle y Errol salieron más unidos que nunca. Era el único consuelo que cabía, en momentos en que tantos abismos separaban a la humanidad...

FIN



A. Rolcest. En el mundo civil se llamaba Arsenio Olcina Esteve. Como muchos, participó en las contiendas de la guerra civil española y le tocó estar en el bando perdedor. Como todos los escritores de esta segunda España, fue represaliado. Dado que los ámbitos superiores de la literatura le estaban vedados, debió dedicarse a escribir folletines y novelitas del Oeste. Para ello con las primeras dos letras de su nombre y apellidos formó su seudónimo literario *post* guerra civil. Se llamó A. Rolcest.

Nació en Alcoy, provincia de Alicante el 15 de octubre de 1909.

A principios de los años veinte volaban muchas ideas revolucionarias en el aire español y particularmente en el hogar de los Olcina. De éstas se nutrió la vida del joven Arsenio y forjó su visión del mundo y de los hombres. Soñaba con el hombre libre, dueño de su voluntad y su destino. Son sus primeros puntos de contacto con el movimiento anarquista.

Tenía intenciones literarias, heredadas de su padre y se volcó hacia la poesía; pero la dura realidad le dijo que ése no era el camino, que para ganarse la vida debía utilizar su pluma en algo más productivo. Entonces, la puso a oficiar de corresponsal de prensa para diversos periódicos de Alicante y Menorca [El Luchador, Diario

de Alicante, El Bien Público].

Fue en estos donde publicó sus primeros cuentos.

Esta incipiente actividad en el mundo de las letras le acarrearón numerosos problemas con las autoridades, dirigiéndose a Valencia donde vivió algunos años. Allí fue donde en 1932 nació su hija Amalia. Otra integrante de su familia, Amalia Lucila Mataix Olcina (su sobrina) en los años cincuenta y setenta escribió novelas románticas como Lucila Mataix y/o Celia Bravo, fue también autora de literatura de quiosco, dentro del género romántico, y desarrolló una importante labor pedagógica para el mundo infantil.

A. Rolcest fue uno de los escritores más prolíficos dentro del ámbito de la literatura popular, pero a pesar de su volumen y calidad nunca ha descollado con la importancia que merece y con el transcurrir del tiempo se transformó en uno de los autores más injustamente olvidado. Tal vez porque no fue descubierto su trasfondo ideológico, ni entendida la simbología utilizada. No debemos olvidar que recién en la década del 60 se comienza a hablar de semiótica por personas de elevado nivel cultural y las obras de la literatura de quiosco no se consideraban dignas de ser analizadas por esta disciplina. Tampoco el público de masas que leía estas obras estaba muy preparado para analizarlas. Preferían los muchos tiros de Estefanía.